



RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

RIVERA * MUCHA * CEVASCO * PALOMINO * PALACIOS * ESPINOZA * MORALES * KRALJ



El Rolfie y otros relatos





Créditos



© 2016 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2016 Falco Rivera, Edinson Mucha, Marcia Morales, Julio Cevalco, Sumah A. Kralj, Gerardo Espinoza, Ernesto Palomino y Tadeo Palacios.

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, José Güich, Otilia Navarrete, Christian Campos Alvarado, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä, Paola Arana y Daniel Arteaga**

Jefe de Ilustraciones: **Gerardo Espinoza**

Diseño de portada: **Gerardo Espinoza**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 8: **Mayo-Junio del 2016**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

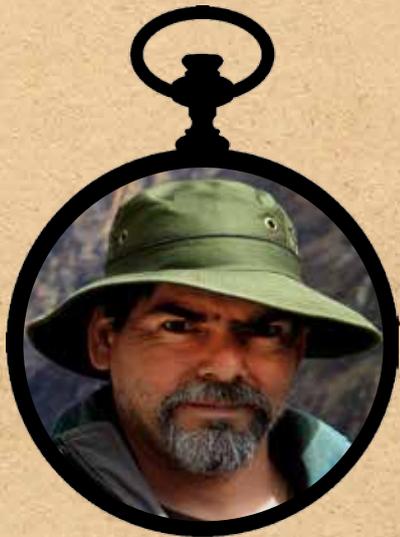
Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **[@RelatosInc](https://twitter.com/RelatosInc)**



Autores



Falco Rivera

(Lima, 1969). Fotógrafo. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima. Actualmente es Editor Fotográfico de la revista automovilística Ruedas&Tuercas. También ha escrito artículos de cultura popular para distintas revistas.



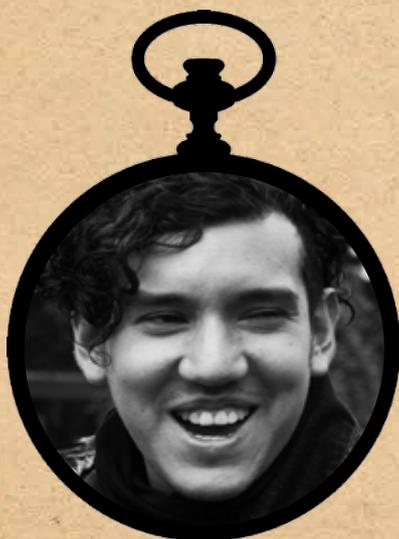
Edinson Mucha

(Parco, 1979). Es técnico en contabilidad del instituto superior "Telesup". Ha publicado: "El manicomio de San Felipe", "La cúpula del diablo" y "Miedo-68". Actualmente es director de la revista fantástica Valdemar.



Marcia Morales

(Lima, 1984). Zoóloga y Literata. Finalista en el I Concurso de microrrelatos steampunk y otros retrofuturismos (2015). Ha publicado el libro "Noctem aeternus. Inconclusiones vertidas en noches de insomnio" (2015).



Julio Cevasco

(Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania.



Sumah A. Kralj

(Buenos Aires, 1988). Técnica radióloga, estudiante de antropología, viajera, poeta oral y actriz. Una persona inquieta que encuentra la magia en cada lugar al que va. Actualmente trabaja como organizadora de eventos.



Gerardo Espinoza

(Lima, 1987). Diseñador gráfico y artista digital. Actualmente se desempeña como ilustrador editorial, retratista y escritor aficionado. Es integrante del grupo de historieta Ferro producciones. Es Jefe de Ilustraciones de nuestra revista Relatos Increíbles.

Autores



Ernesto Palomino

(Cerro de Pasco, 1991). Comunicador audiovisual san-marquino. Ha sido locutor radial y ha colaborado con proyectos de difusión cultural. Redactor y fotógrafo en May Neim Presenta, administra su blog “La mirada del Otro” (miradasesgada.blogspot.pe).



Tadeo Palacios

(Piura, 1994). Estudiante de derecho, escritor e ilustrador. Actualmente es becario de la Fundación Alemana Hanns Seidel. Publicó en el 2013 el libro “Susurros del Abismo” y en 2015 su cuadro “Cthulhu emerge” fue publicado por la revista mexicana Penumbria.



Grendel Bellarousse

(Buenos Aires, 1969). Autodidacta. Ganó un par de premios a nivel local, nacional y seleccionado en otros. Expuso a nivel individual y colectivo tanto ilustraciones como historietas. Actualmente es Coordinador de Ilustradores de la revista Próxima. Ver p. 47



Autores



Pedro Castro

(Lima, 1991). Actual estudiante de ingeniería mecatrónica de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Escritor e historietista amateur. En 2015 participó y obtuvo el segundo puesto en el concurso de historietas "Comics For The Classroom". Ver pp. 42 y 51



Andrea Donosti

(Logroño, 1992). Graduada en Derecho por la UNED y actualmente estudiante de Psicología. Ilustradora freelance. Trabajó en el poemario "Sobre las Nubes" en 2015 y hoy está sumergida en otros proyectos, entre ellos un par de libros más. Ver p. 31



Adrián Rivera

(México, D.F., 1983). Maestro en Ciencias y Artes para el Diseño. Se desempeña como comunicador en un instituto de investigación. Su primer cuento publicado apareció en la Antología Mexicana de Ciencia Ficción de El Under Ediciones. Ver p. 34



Eduardo Romero

(Lima, 1975). Estudió arquitectura, cursos de programación y software de modelado digital. Ganó el Concurso de historietas de Calandria en 1999. Actualmente trabaja en una novela gráfica. Ver pp. 17 y 23



Índice



Editorial.....	07
Apucmitaj.....	09
El profesor Hockin.....	14
Grasa, sangre y pelo de perro.....	21
El chotacabras.....	27
Baltasar.....	29
Terminal.....	32
Corazón percutido.....	37
El rolfie.....	39
Muro de honor.....	54



Editorial



Quiero empezar pidiendo disculpas a los que nos enviaron sus cuentos en nuestra segunda convocatoria, porque nos estamos demorando un poco en enviar los veredictos. Sucede que muchos de los cuentos han tenido veredictos contrapuestos de los jueces evaluadores y esto me obliga a revisarlos, personalmente, en segunda instancia. Es todo un trabajo, gratificante y divertido, que toma su tiempo. Así que les pedimos un poco más de paciencia.

Es grato también anunciar que con este número cumplimos con publicar todos los cuentos que aceptamos en nuestra primera convocatoria. El proyecto empezó a gestarse a inicios de marzo del año pasado y ya hemos cumplido más de un año, casi sin darnos cuenta de ello. Recuerdo que nos reunimos en el Tanta del Jockey Plaza, Carlos de la Torre, Hans Rothgiesser, Christian Campos y yo, y definimos los lineamientos de la revista. Fue una reunión bastante simpática y fructífera. Ahí nació el nombre nuestro, que espero se haya revalidado con los relatos que hemos publicado hasta el momento.

En este número tenemos, para empezar, un relato de Gerardo Espinoza ambientado en nuestra etapa incaica, donde el honor y la valentía son puestos a prueba luego de una cruenta batalla. Le sigue una historia verdaderamente escalofriante de Edinson Mucha, donde un amor no correspondido llega a límites impensados. El tercer relato es la continuación de la saga del Oscuro, de Julio Cevasco, en donde conoceremos a nuevos personajes que parecieran esconder más de un secreto. Luego tenemos el cuento de Tadeo Palacios, que nos presenta una de aquellas ironías de la vida, entre un padre, un hijo y un chotacabras. La cuarta historia es de Marcia Morales, donde deliciosamente nos presenta a un personaje un tanto oscuro, que se topará con la horma de sus zapatos. Le sigue el cuento futurista de Ernesto Palomino, donde el personaje principal vive en una sociedad deprimente y en crisis, que necesita escapar de su pasado, sin lograrlo del todo. Además, el breve cuento de Sumah Kralj nos presenta el erotismo de la muerte, llevado a una expresión insólita. Finalmente, tenemos el fabuloso cuento de portada de Falco Rivera, una historia de un grupo de científicos que son capturados por un monstruo que pareciera extinto en otros planetas. La sobrevivencia, en esas circunstancias, pareciera imposible.

Carpe diem,

Héctor Huerto Vizcarra
Director



La
Biblioteca Digital
ACUEDI
cumple

2 años

y necesita
tu ayuda económica.
Colabora con nosotros
para que este proyecto continúe.
La difusión gratuita de más de
8,000
textos
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: info@acuedi.org

Móvil: (51) 1 997656330

Email: luis.morocho@camaleonazul.pe

www.camaleonazul.pe

 /estudiocamaleonazul

Camaleón

Azul

Story board, caricaturas,
comics, ilustraciones,
talleres de dibujo y
pintura,
arte concetual.



Apucmitaj

Por: Gerardo Espinoza





Después de la caída pareció acabar todo. El sonido desapareció y con él, todo dolor, vergüenza y culpa. Sin duda estaba consciente de la derrota, pero no estaba muerto. No agonizaba. Poco a poco cada parte de su cuerpo hormigueaba respondiendo a una orden invisible. Movi6 el brazo en acto reflejo y luego su cuerpo se estremeci6 reanimándolo de entre los inertes soldados regados en toda la pampa.

Atahualpa ha dejado las andas. Pis6 la tierra haciéndola maldita. Escupi6 cuanto pudo y frunci6 el ceño con desprecio sabiéndose vencedor; orgulloso de su poder. Levanta una makana de oro s6lido y con movimientos r6pidos remata en la cabeza los soldados cuzqueños sin compasi6n.

Los cr6neos se fracturaban con violencia y emitían un sonido seco al ser impactados. Huq puede oírlos. Sabe que vendrán y debe actuar. Un último esfuerzo, una última muerte. Cree tener energía para saltar y sorprender. A su costado, una punta de lanza lista para matar. Sabe que morirá y, si el éxito acompaña el feroz ataque, se habrá terminado de condenar cuando por fin asesine a un dios.

Los caciques y el Auca Camayoc van delante y buscan a los heridos para obligarlos a implorar misericordia. El dios no cederá y eso lo hace divertido. Un camayoc se arrodilla junto a Huq probando si todavía respira. No lo ataca y tampoco da aviso a los dem6s. Se asusta al verlo tendido entre el revoltijo de cad6veres. Lo ha reconocido. Sabe que todavía vive y debe actuar; se acerca lo suficiente para ser oído.

—No te muevas, no hagas nada tonto. Huye y luego toma venganza.

No dijo m6s, tap6 su cabeza con un ensangrentado manto, se par6 y continu6. Huq no movió ning6n m6sculo, reconoci6 esa voz. Sabe qui6n es.

M6s all6 avanzaba el Inca orgulloso. En su rostro, la satisfacci6n es innegable. Ve con desprecio a sus h6roes y traidores caídos, alza los brazos y afirma oír sus adoraciones, da un giro lentamente contemplando la masacre, hallando en esta demasiada belleza, convencido que todos se postran ante su inmensidad.

La noche va cayendo sobre el campo de batalla atestado de cad6veres desolados. El mejor ej6rcito del imperio había sido vencido en una tarde.

Con mucho esfuerzo, logra ponerse boca arriba, quita el manto sobre su rostro y siente respirar mejor. A su costado, un gran c6ndor devora el cr6neo de un compañero suyo. El ave es inmensa, majestuosa y vital. Siente respeto por aquel c6ndor y siente vergüenza de no haber muerto en batalla. Su cuerpo antes macizo, es ahora un revoltijo de astillas y cortes. Se ha puesto de pie, solloza al verse tan solo y todavía vivo. Morir le hubiese otorgado honor. Vivir con este fracaso era indecente.

La noche cae y lo envuelve de melancolía mientras avanza penosamente entre los cuerpos esparcidos. Siente vergüenza de vivir. Cierra los ojos y se pierde en la oscuridad de su mente, donde cree estar completamente solo.

Minutos despu6s tres soldados sobrevivientes se unen a su procesi6n. Sin ganas de proferir palabra alguna. Huq los contempla y continúa hacia el sur. Los dem6s le siguen resignados.

Transcurren varias horas de caminata. La luna se asoma d6bil iluminando pobremente el valle. Nadie intenta comunicar lo que siente; permanecen mirando al camino con ojos avergonzados. Puede que uno haya caído muerto hace una hora. Ahora son tres. Huq sonríe de envidia.

Tres millas al sur, descendiendo por la quebrada, encuentran algo similar a un refugio en la ribera del rí6 que parece turbulento. No podrán cruzar sino hasta el amanecer. Avanzan entre rocas redondeadas y carrizales gigantes que rodean al gran rí6. El m6s viejo del grupo se tumba sobre una cavidad seca, erosionada por el agua cercana a un pequeñ6 claro entre las cañas. Lentamente se ubican todos dispuestos a pasar la noche en total silencio.

El murmullo del río y demás insectos parecían comentar lo mucho que sufrían estos tres desgraciados atrapados en su infierno, ocultando sus ojos húmedos de toda mirada y el dolor de sus heridas. Condición que realzaba el aroma de sus carnes y esas sensaciones tan satisfactorias alertaron a la bestia que dormitaba en la cavidad.

Aquel reptil monstruoso no dudó en aparecer rápidamente atrapando al hombre más próximo entre sus mandíbulas.

Hirientes colmillos, semejantes a cuchillos ceremoniales, aprisionaron al desvalido cubriéndole el hombro y el cuello, los gritos de dolor eran más aterradores y violentos que el mismo ataque. No había forma pero igual luchó contra su poder, sacó una piedra filosa que usó como arma, no dudó, y con el brazo izquierdo le acertó en el ojo. Rápidamente, Huq y el otro compañero se lanzaron encima del animal, colocando sus manos entre la mandíbula del reptil, forzando sus brazos tanto como podían para liberarlo, haciendo palanca con las piernas sobre su maxilar inferior. La bestia rabiosa y ciega de un ojo sacudió su voluminoso cuerpo y avanzó violentamente, lanzando a los compañeros sobre unas rocas, abalanzándose sobre su presa. Abrió la mandíbula y rápidamente la cerró para dar giros violentos y arrancar lo que le corresponde.

El polvo invadía el lugar mientras el pesado ronquido del reptil competía contra el obscuro crujir de los huesos siendo triturados y tragados. El herido veía resignado la escena, de pie y con sangre brotando a chorros de su costado derecho.

Un momento después el gigantesco reptil se plantaba frente al soldado, quien en silencio sostenía la piedra filuda que hirió a la bestia en el ojo.

—¡Ya no duele! ¡Quiero tu sangre maldito! —Exclamó el infeliz soldado, sabiendo que moriría con honor ante un oponente tan letal.

Huq se estremecía mirando al soldado tan diminuto frente a esas mandíbulas cerrándose cada vez más cerca de sus piernas.

—¡Despelleja mi carne! —Gritó y dio un salto segundos antes de ser mordido. No se iba a rendir pero perdía mucha sangre.

—¡Ven infeliz, termina de una vez! —El cansancio lo hacía tropezar y ya no sostenía con firmeza el arma.

El otro soldado no soportó más e improvisó una lanza con una punta de carrizo; tomó carrera y saltando por encima de la cola escamosa logró encajarle la improvisada lanza en el blando costado del animal, al momento de soltar la rama, cayó y se vio frente a frente con el saurio que se retorció intentando quitarse la incrustación. Era momento de huir. Huq se acercó al herido arrodillado que lloriqueaba apoyado en una roca.

—¡Nooo! ¡Déjame morir con honor! —Aquel hombre deshecho no iba cambiar de opinión.

—Pudo haberme tragado de un solo bocado, pero me soltó y dejó que lo desafíe, debo limpiar mi honor. ¡Soy Apucmitaj! ¡Qué todos sepan cómo muere un Auca Camayoc! —Huq se admiró oyendo al viejo soldado.

Huq le ayudó a levantarse. Apucmitaj lo miró con respeto y se despidió inclinando la cabeza. Un segundo después corrió hacia el reptil y saltó sobre su lomo, sujetándose con las piernas, y con el único brazo que tenía le clavó el improvisado cuchillo de piedra decidido a cegar lo. El animal se retorció de dolor. Iba de un lugar a otro con Apucmitaj hincando repetidamente su cráneo, maldiciendo, mientras ambos sangraban y se unían en la agonía. Su honor se iba curando.

A un costado, Huq ayudaba al otro soldado lastimado. La enorme cola del reptil le dislocó la rodilla al caer.

—Ya tiene su venganza. Debemos dejarlo —Huq entendía la decisión de Apucmitaj. Ambos miraron por última vez al guerrero que cantaba un himno de victoria empapado en sangre. Con mucho esfuerzo se pusieron en pie y se alejaron de la rivera; juraron recordar al guerrero dominando a la serpiente terrible.

Un movimiento rápido hizo volar al tenaz Apucmitaj cerca de unas rocas. Pero se irguió casi al instante como una fiera en batalla, una fiera sedienta de sangre. Con el brazo izquierdo extendido señalando a su oponente, se reía y saboreaba sus últimos momentos. Entonces todo fue silencio, sólo el río parecía murmurar y el monstruo dejó de gruñir, la sangre derramada era codiciada por otros involucrados; entonces se vio rodeado por cuatro reptiles de igual tamaño decididos a devorarlo. Atacaron todos al mismo tiempo, sin embargo Apucmitaj sorteó hábilmente la embestida y de un salto se trepó a una roca ligeramente alta. Intentó reposar pero le costaba respirar bien..

Apucmitaj perdía mucha sangre y sus sentidos iban menguando. Entonces creyó oír un quejido lastimero. Giró la cabeza y horrorizado contempló como los cuatro del río atacaban a su oponente ciego y ensangrentado. No lo dudó y rodó, dejándose caer en la arena.

Desde el suelo, caído y medio ciego observaba cómo los traidores intentaban devorar al reptil herido. Logró colarse debajo del pecho blanco del más grande y empuñó por última vez su piedra afilada, rasgando con todas sus fuerzas aquel vientre. Al instante, el descomunal animal se tumbó sobre él, introduciéndose aún más entre sus entrañas. Apucmitaj no dejará sólo a su oponente ensangrentado.

Con mucho esfuerzo se arrastró de debajo del moribundo monstruo, llevando encima, prácticamente, los intestinos de la bestia. Juntando sus últimas fuerzas se levantó y atacó a cada uno de los monstruos restantes, hincó cada uno de sus ojos, cortó sus cuellos y antes de poder esquivar un coletazo su pierna derecha es atrapada por una fuerte mandíbula. Queda inmovilizado e intenta atacarlo forzando su abdomen; encorvando su columna con intención de alcanzar los ojos pero es inútil, la enorme bestia no abrirá las fauces. Da fuertes sacudidas para terminar con los ánimos y la vida de Apucmitaj. Los giros violentos terminan de moler su cuerpo, arrancándole la pierna.

El último monstruo está dispuesto a devorar al guerrero con el rostro desfigurado. Pero, inesperadamente y en un acto de gratitud que nadie podrá explicar, el reptil cegado entró en escena con una brutal explosión de energía. Se lanzó a luchar contra aquel que amenazaba al guerrero. Reptó entre los cuerpos ciegos y de una sacudida lo atacó salvajemente, logrando cerrarle la mandíbula en el cuello y sin existir duda alguna en su instinto animal. Da giros violentos de furia reptil, monstruosa, sanguinaria, visceral. Sus gruñidos se transforman en gorgoteos de sangre en el esófago. El ciego ensangrentado logra la victoria sobre ese traidor que vino a matarlo. Sus patas ya no responden y se arrastra lentamente siguiendo su olfato; sabe quién es y siente que su honor ha sido redimido.

A la mañana siguiente, ambos cuerpos son vistos por unos cóndores posados sobre la piedra desde donde rodó Apucmitaj para defender al reptil ciego. El guerrero yace con media sonrisa en el rostro, sin un brazo, sin una pierna y con el gigante leviatán a su lado izquierdo, ensangrentado como él y molido por limpiar su honor. Ambos muertos como verdaderos héroes y con el honor intacto.





El profesor Hockin

Por: Edinson Mucha





Toda mi vida fui un perdedor. ¡Toda mi ridícula vida estuvo inmersa de engaños y falsedades! Nunca encontré ni un pequeño oasis de esperanza en esta estúpida sociedad. De niño siempre fui acosado por la Gran Sombra Negra de quimeras y falsedades; constantemente era la burla de todos los jóvenes por mi desagradable apariencia. Era como un bicho extraño del que nadie quería tener amistad, me sentía como la parca en carne propia, ni siquiera los perros se abalanzaban furiosamente contra mí. De modo que, me refugiaba en un mundo nuevo, que había creado mi mente dentro de mi pequeño cuarto, y los únicos amigos que tuve fueron personajes de obras literarias. A veces conversaba con ellos, los miraba en la esquina de mi habitación como fantasmas en la penumbra de lo irracional y entre todos ellos había un amigo fiel, ese que aliviaba mi soledad.

Sin embargo, mi madre se horrorizaba cuando miraba que yo platicaba sentado en una esquina del cuarto y señalando con mi pequeño dedo a mi mejor amigo, a mi único amigo, al que solo yo miraba y nadie más. Pero ella no movió ni un solo dedo para decirme si estaba bien o mal lo que hacía. El alcohol la había encarcelado y sumergido en un mundo de temores, horrores y nostalgia. A veces quisiera recordar alguna caricia de mi madre, algún abrazo de mi padre, pero me es imposible hacerlo.

—Señor Poe sus cuentos son geniales, ¿señor Poe era necesario matar a Plutón por haberse comido a Anabela? ¡Oh señor Poe, cuánto quisiera que me lleve a ese mundo de imaginaciones! ¿Señor Poe se ha enamorado alguna vez de Berenice? —hablaba mi mente y no mi boca. Y era lo mejor para mí y para todos, quizás porque padecía de una cierta parálisis en el rostro; la mitad de mi cara era como la de una persona normal y la otra era como de cera, que el calor intenso de aquel verano en Derton la estaba derritiendo. ¡Oh por Dios! Me miraba al espejo todos los días y era un monstruo, un repugnante monstruo. Solo yo y mi única sombra matábamos el tiempo juntos.

Pero este pequeño mundo que había construido mi mente en la esquina de mi cuarto, fue cambiando poco a poco. Mejor dicho, cuando ingresé a la secundaria, la vida me quiso dar una oportunidad a pesar de mi apariencia. Mi vida empezaba a transcurrir con normalidad; bueno para mí algo normal era ser humillado por mis amigos, asqueado por los profesores y aborrecido por la sociedad; sin embargo, cuando pensaba que aquel día transcurriría de la misma manera, ¡me equivoqué! ¡SÍ SEÑORES, ME EQUIVOQUÉ! Levanté la cabeza con gran admiración, sentí un ligero estremecimiento en la parte baja de la espalda al ver al nuevo profesor de psicología, el profesor Hockin.

Comencé a sentir diferentes sensaciones dentro de mi cuerpo. Una lágrima caía silenciosamente por mi rostro. Aquella persona era diferente a los demás. Era el mejor para mí y siempre lo que él decía era lo correcto. ¡No, no estoy idolatrando a nadie! Porque si lo hago, seguramente mi padastro me golpearía y luego me encerraría en aquel sótano oscuro en donde las ratas quieren comerme vivo. Hago lo posible para sobrevivir cada vez que ese hijo de puta me enclaustra...

Jajajajaja... claro ahora el muy bastardo ya no me encerrará nunca más y sé que ya no vendrá. Porque el viejo se tropezó cuando bajaba las escaleras y se rompió el cuello. Todos le echaron culpa al gato ¡JAJAJAJA! El pobre animal fue decapitado por mi abuelo sin piedad, pero yo sé quién lo hizo y no precisamente fue el gato. Hago un alto aquí porque no quiero contarles, esa es una historia aparte... ¡jajajajaja! Pero si ustedes hubieran estado ahí presentes... ¡jajajaja!... El muy cabrón gritaba como un marica cuando su pesado cuerpo rebotaba en el filo de las gradas y sus ojos me miraban con sabor a venganza.

En fin, como les seguía narrando: el profesor Hockin era mi nuevo héroe, mi ángel. Lo que más me impresionaba de él, aparte de su aspecto varonil, era su firma. ¡No, no era como de las demás personas! Un simple garabato que manchaba una hoja virgen. En cambio Hockin poseía una firma elegante, trazos firmes e inteligentes.

¡Ah, él siempre tuvo la razón en todo! Y lo que me fascinaba es que siempre se percataba que yo estuviera en clase, no me ignoraba como los demás profesores.



Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto puedes colaborar con nosotros, comprando publicidad o con las donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual.... 50 soles

Nuestra cuenta es

BBVA Continental cuenta soles:

0186-0100038954-42

—¡HEY, ESTÚPIDO MAL NACIDO CUÁNDO PIENSAS HACER LA TAREA! — me decía con una voz ronca, como si saliera de un ataúd, y, por supuesto, tenía la razón, nunca hacía mis tareas.

—¡OYE HIJO DE PUTA, CUÁNDO ENTENDERÁS QUE NO NACISTE PARA ESTUDIAR! —y siempre tenía la razón. ¡Era fascinante Hockin! ¡Siempre tenía la razón! No me gustaba estudiar y eso de hijo de puta era cierto; mi madre salía todas las noches a la calle Tender, la que colinda con la calle Fotlendant, según ella a trabajar mientras mi padrastro se desabrochaba la camisa y se sentaba en ese sofá maloliente a mirar la televisión y beber como un desquiciado. De modo que una noche la seguí, quería saber qué es lo que hacía mamá, a pesar que mi padrastro me decía que ella estaba rompiéndose el lomo para mantener a un pobre idiota como yo. Y una vez más, después de lo que mis ojos me mostraron con tanta crueldad, el profesor Hockin tenía la razón. Miré a mamá en brazos de otro hombre y llegué a la conclusión que era hijo de una puta.

—¡OYE ENFERMO, EN VEZ DE PERDER EL TIEMPO VIGILANDO A LAS CHICAS EN EL BAÑO, POR QUÉ NO CONSIGUES UN TRABAJO O MEJOR POR QUÉ NO TE LARGAS DE AQUÍ! —y nuevamente tenía la razón. Siempre tuvo la razón y por eso era la persona a quien admiraba tanto.

Porque de una u otra manera yo quería al señor Hockin. En especial me enamoré de su firma, adoraba su firma. Incluso en mis momentos de estupidez, como decía mi madre, me ponía a pensar que si yo hubiera sido mujer me enamoraría de él.

En mi tiempo libre, que casi era todo el día, investigué todo de Hockin: ¿Con quién vivía? ¿Si se había casado o cuántos hijos tenía? Quise llegar al fondo con todo esto y noté que el profesor Hockin pasaba por un mal momento. Su sonrisa peculiar ya no era la misma. Claro, él nunca me contó de sus problemas, incluso una vez me amenazó a la salida del colegio, no sin antes empujarme con fuerza hacia la pared. El golpe fue punzante y presentí que me había reventado un pulmón.



—Oye maricón de mierda, si sigues observando mi casa detrás de esos árboles, si sigues vigilando a mi mujer cuando se baña, si sigues hostigándome a cada momento, te juro que te romperé la cara y que ni la puta de tu madre te reconocerá.

A veces no comprendía porque era duro conmigo. Yo nunca le iba a hacer daño ¡No, claro que no! Así que averigüe qué era lo que realmente pasaba con el profesor y, después de una intensa investigación, encontré el problema. ¡Claro que sí! ¡Por Hockin haría cualquier cosa!

El problema era que su hija de doce años no le hacía caso y se había vuelto una insoportable en casa. Aquella mujercita se había vuelto rebelde; sin embargo, hace ya más de dos semanas arreglé el problemita. Ahora ella ya no le molestará, ni le faltará el respeto. ¡Claro que no! No voy a negar que al comienzo quería abortar mis decisiones, pero tenía que seguir adelante. Si hubieran visto como lloraba aquella jovencita, si supieran como rogaba por su vida, pero terminó con el cerebro esparcido por toda la zona, llevaba una botella incrustada en el cráneo, mis uñas habían

arrancado prácticamente toda la carne del cuello y tenía un agujero en la frente de donde emanaba un hilo de sangre que había formado un pequeño charco en el suelo. Al final, la hija de Hockin terminó desnuda, mostrando sus ojos de cordero sacrificado y sus pestañas de hielo en el barro. Aquel día dormí como un bebé sabiendo que había ayudado a Hockin.

Parecía que todo iba armándose como un rompecabezas, quizás terminaría con Hockin entre sus brazos y los dos juntos observando a la luna.

Desde que miré la firma del profesor Hockin posada como un ave real en aquella hoja blanca, supe de inmediato que los dos estábamos conectados uno al otro como almas gemelas, como si alguna vez hubiéramos sido algo más que profesor y alumno en vidas pasadas. Aquella firma la miraba en todas partes: en mi sopa, en mi cuarto, en el trasero de mi madre cuando se desnudaba para esos hombres, en los ojos de mi estúpido padrastro muerto que ahora estaba en el sótano escondido; porque de vez en cuando me gusta recostarme junto a él, dormirme en su torso y excitarme con aquel olor nauseabundo.

Me sentía alegre y desbordaba una sonrisa que se convirtió en una carcajada frenética, hasta podría decir diabólica. Creo que fue la segunda vez que me sentí alegre. La primera vez fue cuando la puta de Pamela murió como una rata asquerosa. ¡Aquella mujerzuela cortejaba al profesor! ¡Aquella mujerzuela quería llevárselo a la cama! ¡Aquella mujerzuela se burlaba de mi delgada apariencia y de mi horrible rostro! ¡Aquella mujerzuela se reía al ver a mi padrastro alcoholizado botado como cualquier excremento por la calle! ¡Aquella mujerzuela contó a todos mis compañeros que mi madre no era más que una simple prostituta! Pero tuvo su merecido. ¡SÍ, QUE SÍ! Ayer la encontraron en las alcantarillas muerta como una rata, como todas las furcias que deben morir aquí en Derton.

Estoy saliéndome del tema, porque no quiero hablarles de la zorra de Pamela, sino de aquella firma que a veces cobraba vida y con su voz suave me suplicaba que liberara al profesor Hockin de su caótica existencia. ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡¡¡Ayúdame!!! Esa palabra reventaba mis tímpanos en las noches, noches oscuras en donde le pedía un consejo a mi amigo Poe, quién me miraba sonriendo con una palidez demoníaca entre la penumbra. Pero ni él me quería ayudar. Él, que fue mi amigo de infancia, me había dado la espalda. Estaba celoso del profesor Hockin, de eso no cabe duda.

¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! Me suplicaba la firma del profesor Hockin, como la mujerzuela de Pamela antes de reventarle el cráneo con una piedra. En ese momento no entendía, ¿ayudar a quién? ¿Y porqué? Estaba pasando por un estado de confusión hasta que mis ojos percibieron algo horroroso, que no tiene nombre; porque hasta lo más desagradable que existe en la tierra tiene nombre, pero esta cosa no.

Me había enamorado de las cualidades, de la belleza y de la firma elegante de Hockin, que no me percate de esa mano; su asquerosa mano derecha era más que repugnante. Contemplar aquella mano era como contemplar una cosa desconocida, una cosa oscura y repulsiva. No era como una mano normal, era muy pequeña y delgada, como si solo el pellejo acariciara sus huesos y sus cartílagos. Los dedos eran torcidos como una planta sin vida. Traté de contenerme y cuando terminó la clase me fui al baño a vomitar todo lo que había desayunado.

No comprendía como una persona intelectual con una postura elegante, pudiera tener esa asquerosidad. Entonces, después de meditar lo entendí todo, estaba más claro que el agua, aquella esplendida firma me pedía auxilio en su idioma particular. ¡Me pedía que destrozara esa asquerosa mano que la tenía encarcelada! Así que decidí ayudar al profesor Hockin. Me fui a la media noche rumbo a su casa con un cuchillo. ¡No, si ustedes piensan que soy loco, pues no lo soy! ¡Yo quería mucho a Hockin y lo quería solo para mí! Pero esa mano, esa asquerosa mano me atormentaba en mis sueños, aparecía en mi plato de comida, se hacía grande y con esos dedos torcidos me aplastaban hasta escuchar el crujir de mis huesos. ¡NO, INMUNDA DEFORMACIÓN HUMANA, NO VOY A DEJAR QUE TE LLEVES A HOCKIN!

En medio de la noche entré en la casa de Hockin como un ladrón. El pobre estaba alcoholizado, tirado en el sofá, salpicado con su propio vómito, pero, a pesar de todo eso, dormía como un ángel y eso me fascinaba. Mis manos no esperaron en acariciar su dorso, sus cabellos, quería sentir su respiración, quería mucho a Hockin más que un mortal pudiera querer a su Dios. Pero esa asquerosa mano estaba ahí, nuevamente, burlándose de mí. ¡No estoy loco señores! ¡¡¡NO ESTOY LOCO MALDITA SEA!!! Sin embargo, esa mano empezó a hablarme. ¡Por Dios, me habló y a veces tenía la voz de la hija de Hockin o la voz de la zorra de Pamela!

—¡Mal hijo! ¡Ingrato! ¡Mataste a tu padrastro y mataste a tu propio padre!

—¡Cállate inmunda especie del infierno o ángel del Señor! —dije agarrándome las manos porque me temblaban.

En ese momento, el horror había helado la sangre de mis venas y retrocedí tres pasos. Si ustedes hubieran estado ahí presentes me creerían. ¡No estoy loco! ¡NO ESTOY LOCO, MALDITA SEA! De esa asquerosa mano salieron dos ojos. Ojos malignos y audaces que me miraron sin pestañar y se clavaron en los míos, como dos puñales. Quería correr y correr, y correr... pero no pude. Tenía que ayudar a Hockin y neutralicé los temores de mi corazón. Luego me senté a su costado y como un animal salvaje sentí su aroma, pues yo quería ese aroma, quería muchas cosas de él: sus brazos, sus labios, su cabello rizado. Tenía que hacer algo sorprendente para engañar a esa mano que me miraba con sus pequeños ojos rojos.

Lo cierto es que no fui solo. No tuve el valor para hacerlo solo. En el fondo de mi ser soy una persona que se asusta con facilidad, tengo miedo a la oscuridad, tengo miedo a que un estúpido me mate, tengo miedo hasta a la propia vida. Esa noche fui con Poe, después de haberle convencido por un buen tiempo. Mi fiel amigo estaba parado en una esquina, como un ave de mal augurio que quería dormir sobre el silencio de una sombra.

Entonces comprendí que la manera de ayudar al profesor Hockin era quitándole esa maldita mano. En ese momento, Hockin despertó justo cuando iba a cortarle esa asquerosidad de miembro. Se paró y me empujó con fuerza.

—Te advertí cabrón, si te encontraba en mi casa te iba dar una tunda de golpes.

—Profesor, estoy aquí para ayudarle.

—¿Ayudarme? Enfermo de mierda. Voy a contar hasta tres, sino sacas tu escuálido culo de mi casa, juro que te mato.

No sé qué me pasó en ese momento. ¿Acaso la mano asquerosa ya se había apoderado de su cerebro o es que mi amigo Poe había controlado el mío?

—¡Mátalo, no vale la pena! ¡Mátalo, no vale la pena! ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátaloooooo!
—dijo Poe enloquecido, revolcándose sobre esa tierra ennegrecida.

Respiré profundo, cogí el cuchillo y me abalancé, cerré mis ojos pues solo pensaba en introducir el cuchillo cuantas veces pudiera en aquel hermoso cuerpo. Sentía la sangre tibia de Hockin correr sobre mis manos ¡No quería hacerlo! ¡Les juro no quería hacerlo! ¡Me confieso, me había enamorado de Hockin y quería poseerlo como lo hacía en mis sueños! ¡Y por su amor hubiera dado todo! No sé cuántas veces le acuchillé, pero sabía que ya no estaba vivo.

Terminé exhausto y con sudor en la frente. Solo atiné a mirar los últimos movimientos de su cuerpo. Sus ojos, que eran hermosos, ahora estaban rodando en la esquina de la habitación como si estuvieran haciendo una carrera para ver quien llegaba primero hacia un charco de sangre. Tenía que terminar con todo esto. Nuevamente, cogí el cuchillo y arranqué esa maldita mano. Luego de eso no me escapé. ¿Por qué tendría que escaparme? Si al fin y al cabo ayudé a mi buen querido profesor. ¡Yo no lo maté! ¡Yo no lo maté! ¡Lo mató su mano!

Después de que una mujer se asomara para ver lo que había ocurrido, dio un grito tan horrible que me asusté. A los pocos minutos que ella desapareció, llegó un contingente de efectivos.

¡Pero yo no lo maté! ¡Cómo puedo matar a mi querido profesor! ¡Lo hizo su mano, su asquerosa mano! Pero en el pequeño cerebro del ser humano, que es controlado por reglas y una religión estúpida, nadie me creyó en ese momento. Todos eran unos imbéciles, llamados “hijos de Dios”, que no se dieron cuenta que aquella mano asquerosa movió un dedo sintiéndose ganadora.

Me esposaron luego de haberme agredido y segundos después alguien se me acercó preguntándome dudosamente.

—¿Por qué le pusiste una almohada?

—Para que descanse —le dije —ahora ya está bien y se ha liberado de esa mano asquerosa que lo atormentaba.

Desde esa vez ya no volví a ver al profesor Hockin. Pero al cerrar los ojos aún escucho sus palabras, que son como una fuente de apoyo para mí.

—¡Hey estúpido, cuándo te darás cuenta que no sirves en esta vida!

—¡Hey pedazo de mierda, solo sirves para comer y cagar!

No olvidaré a Hockin. Sin embargo, todos me dejaron, ni siquiera Poe quiere saber algo de mí, quizá porque ya no leo sus cuentos como lo hacía antes en mi cuarto, en el baño, en el sótano donde me encerraba mi padrastro y, con la confabulación de la oscuridad, pasaba sus manos toscas sobre mi cuerpo desnudo o en la esquina de un cuarto cualquiera donde miraba a mi madre acostarse con varios hombres a la vez.

Extraño el exterior, el aire, el movimiento de los árboles, el canto de las aves, extraño mi cuarto. Mi cuarto que era mi pequeño mundo, mi refugio dentro de esta sociedad apestosa llena de hipócritas y estúpidos religiosos. En cambio, aquí no hay nada de eso. Solo personas vestidas de blanco y cuartos acolchonados. Sé que es un manicomio. ¡No soy ningún idiota para no darme cuenta! ¡Sé que se llama San Felipe y sé que nunca saldré de aquí!

Nada salió como yo pensaba. Nunca sentí los labios de Hockin contra los míos. Esa asquerosa mano ahora no me deja dormir, pues con sus uñas grandes rasca el cuarto como queriendo entrar para estrangularme.



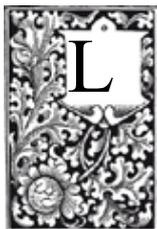
Grasa, sangre y pelo de perro

La balada del nunca amado

Oscuro - Parte 4

Por: Julio Cevalco





La puerta de la granja se abrió con un chirrido e ingresó una cuadrilla de peleteros. Godètt de Bertrànd contó cinco muchachos robustos vestidos con pieles de perro y armados con arciales, mazas y largas tenazas. Habían terminado de hacer su trabajo y, al parecer, se habían divertido golpeando a unos perros de dos por quinto. Luego de bromear, pedorrear, echar eructos y soltar unas cuantas blasfemias, rodearon la tinaja para lavarse las manos; mientras tanto Godètt permaneció a un lado, observándolos junto a los perros que acababa de desollar.

—Cuando volvamos a casa, Lola nos dará una cena suculenta —escuchó a uno de los muchachos mientras se lavaba, un tal Brurya Sabrun—. Coño, las tripas me están rugiendo.

La última vez la cena había consistido en empanadas de gato, costillas de lobo, carnero horneado y los peleteros habían comido hasta la saciedad. Godètt también había acudido pero apenas probó el carnero debido a que se sentía gorda. La peletera pasó las manos sobre su abultada zamarra y, nuevamente, escuchó la voz del peletero Brurya.

—Luego Lola y yo nos iremos al cuarto —continuó—; y ahora sí, os prometo que la escucharéis gritar como nunca. Le voy a dar, por primera vez, por ese gordo y mofletudo culo.

Los peleteros soltaron unas cuantas carcajadas.

—Oblígala decir tu nombre —sugirió uno de los críos con una voz ácida— y tira de sus cabellos.

—Sí, que lo haga... —añadió el peletero Liora Lambràdor secándose las manos con una toalla.

—No, no, no. Tengo una idea mejor —comentó Brurya—. La haré aullar tanto como la puta perra que es. —Las risas resonaron en el interior de la granja, y el muchacho, dirigiendo su mirada ladina a la peletera Godètt, comenzó a mostrarle su mejor sonrisa—. Por cierto, tú también vendrás, ¿no es verdad, Goudi? Lola dijo que podías venir si querías. Que herviría un poco de col y cocinaría la sopa de cerdo que tanto te gusta. Con patatas, ajíes, pimientos y arvejas.

Pero a Godètt no le gustaba la sopa de cerdo. De hecho, más o menos desde la muerte de la pastora Rose, la peletera había perdido el gusto por la comida.

—Ya te dije que no me vuelvas a llamar Goudi —respondió. En ese momento sintió que las manos le temblaban y que uno de los perros desollados, apilados a su costado, exhalaba su último aliento—. Si lo vuelves a hacer, te voy a buscar en la noche mientras duermes y cuando despiertes vas a encontrar tu polla cortada en la boca.

Brurya esbozó una sonrisa torcida mientras caminaba con dirección a la puerta.

—No es la primera vez que me amenazas, Goudi —susurró para sus adentros poco antes de salir, mientras que Liora y los demás peleteros lo seguían de cerca, riéndose y volviéndose de rato en rato a la sombría peletera.

«Algún día te voy a matar, bufón de mierda», pensó, y entonces lo dejó irse.

Tan pronto los muchachos cruzaron el umbral de la puerta, Godètt caminó hacia la tinaja para lavar sus manos. El agua estaba grasosa, llena de pelos, y era roja pero en una peletería era algo natural. La muchacha había estado desollando perros casi toda la tarde; además, de tanto tirar de las pieles le dolían los dedos. Casi todos los días tenía que despellejar a los animales, y, aunque el trabajo no le gustara, se le daba bien el oficio de desolladora. Godètt llegaba con la salida del sol mientras Brurya transportaba a los sabuesos en unas jaulas. Luego de dejarlos en las perreras, Liora y otros los golpeaban en la nuca con palas, rastrillos y mazas; y si bien un golpe bastaba para atontarlos, con dos o tres quedaban inmóviles, listos para el matadero. Luego, cuando todo terminaba, los arrastraban de las patas y se los llevaban a Godètt.

La muchacha, junto al estanque, observó su rostro grueso y pecoso en el agua que escurría de la tinaja. En ese momento aspiró un hedor abombado. Introdujo las manos y su rostro se desfiguró.



«Tienes un rostro que espanta —comenzó a recriminarse—. Para colmo eres demasiado pálida, pelirroja; y para tu edad eres grande y gorda. Con razón Brurya te dejó. Si sigues con este aspecto, ninguno de los labriegos se va fijar en ti».

La muchacha pensaba que los labriegos preferían a las chicas delgadas, o a las de senos turgentes, culo grande y redondo. Pero no a las muchachas como ella. Quienes eran como Godètt, a veces, ni siquiera tenían cintura y, generalmente, terminaban como matronas o como amantes de algún labriego o salteador. Es decir: les esperaba una vida colmada de palizas. Sin embargo, también sabía que ser fea tenía sus ventajas. Los gamberros de los pastizales jamás pensarían en violarla, a menos que se encontraran muy borrachos y tomaran al primer animal o engendro que vieran; y en el caso de tratar de someterla, la peletera contaba con un par de brazos fuertes, gruesos, y peligrosos. Una vez le hundió los ojos a un labrador que le clavó un rastrillo en la espalda. Al parecer había sido una broma. Pero ella se lo había tomado muy a pecho.

—Los niños siempre van a ser torpes y estúpidos —susurró con una sonrisa aflautada, mientras escuchaba que la puerta se abría en la oscuridad—. Cuando crecen se convierten en puercos. Sólo te miran las tetas y te quieren coger el culo. En cambio las niñas... Las niñas cuando florecen siguen siendo dulces, además algunas desarrollan cierta astucia, o malicia, y, cuando se convierten en mujeres, los hombres las buscan para que les calienten el lecho. A las niñas siempre las van a necesitar.

¿Niño o niña? ¿Qué era lo que ella quería ser? De momento no lo sabía. Sin embargo, ya había probado jugar a ser ambos. Con Brurya se había comportado como una mujer y le había gustado. Le había chupado las bolas. Y también la polla. Pero las pastoras habían sabido satisfacerla de otras formas, y Brurya, ante ellas, había quedado como un crío inexperto. La mejor experiencia de Godètt había sido acostarse con dos labriegas del pueblo. Una llamada Pandora y, la otra, una muchacha muerta llamada Rose...

Godètt, recordando el semblante borroso de Rose, miraba la sombra que aparecía reflejada en el agua. No era la sombra de Rose Càrragan. Sino, la de una joven alta, pero no tan alta como la peletera; una labriega de más o menos quince años con los cabellos negrilargos y una trenza pintada de azul. Se acercaba. Usaba cofia blanca, blusa rasgada, faldones anchos y sandalias. Sobre sus pechos llevaba colgado un talismán: una mano reducida con un corte en la palma en forma de medialuna.

¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



- **Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.**
- **Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.**
- **CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.**
- **Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.**
- **Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.**
- **Asesoría en redes sociales.**
- **Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.**
- **Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.**
- **Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.**
- **Mantenimiento de computadoras y redes.**
- **Recuperación y respaldo de datos.**

w: <http://iotopia.net>

@: estudio@iotopia.net

Skype: [estudio.iotopia](https://www.skype.com/en/contacts/estudio.iotopia)

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

—Pandora... —dejó escapar Godètt con una voz áspera y cansina— ¿Qué es lo que haces aquí? ¿Por qué no me esperas donde quedamos?

—Porque te he extrañado, mi fuerte Osa.

Odiaba que la llamara «osa» pero después de la muerte de Rose, Pandora era la única labriega a la que le importaba de corazón. La muchacha le rodeó la cintura con los brazos y apoyó el mentón en sus hombros. A su lado, pese a llevar los cabellos largos, Godètt parecía uno de los muchachos de la peletería.

—Yo también te quiero. —La peletera lentamente apartó las manos de Pandora. No le gustaba que le tocara su gruesa cintura, ni tampoco las caderas—. Pero ahora quiero estar sola. Dijimos que nos encontraríamos en una media hora en el cementerio. Entonces nos despediríamos de Rose y terminaríamos para siempre con este maldito juego.

Pandora la soltó y se hizo a un lado. El reflejo de la labriega quedó distorsionado en las aguas como si fuera el espectro de Rose Càrragan.

—Se encuentre donde se encuentre le dolerá abandonar este mundo, de eso no hay duda —susurró—. He traído a la liebre. Se encuentra fuera, en un zurrón; además ayer por la noche anduve en la cabaña de Rose y encontré algunas cosas. Estuve revisándolas y creo que durante todo este tiempo nuestra pastora no ha sido tan fiel como pensábamos.

Godètt percibió un tono de tristeza en las palabras de Pandora.

—Eso jamás... —susurró casi sin pensarlo—. Creo que te estás equivocando.

—Es lo mismo que pensé yo. Pero ya tendremos tiempo de discutirlo con calma. Por ahora es mejor ocuparnos de ese otro asunto que nos importa.

Godètt asintió, dándole a entender que estaba de acuerdo.

—Como quieras. Pero antes de marcharnos sólo dime una cosa. —La voz de la peletera, de pronto, se convirtió en un susurro—. ¿Qué fue lo que encontraste en su cabaña?

Una pausa.

—Y por favor, sé clara. Sabes que todo lo que tenga que ver con Rose, también tiene que ver conmigo.

La labriega asintió con una sonrisa torcida bajo las sombras de la granja, y entonces dijo:

—Un diario, unos dibujos, y este amuleto. —Su voz fue implacable y sólida. La muchacha le mostró a su compañera el amuleto de la mano reducida, sosteniéndolo en alto. Pero como la oscuridad gobernaba en curtiembre, Godètt no alcanzó a ver con precisión—. Míralo atenta. Es el que Rose solía llevar en las ceremonias. No me digas que no te habías dado cuenta.

Por supuesto que lo había notado. Pero la peletera no había querido darle importancia. Antes, muchas veces, lo había visto colgado del cuello de la pastora muerta. La muchacha lo llevaba cuando las tres juntas salían al bosque bajo las lunas llenas, cuando hacían el amor en las cabañas, y también cuando se reunían con los otros dos labriegos que conformaban el pentáculo. Cada uno de los integrantes llevaba un amuleto consigo. El de Godètt era una pata disecada de sabueso, y el de Pandora, un colmillo. Los otros dos miembros, Kàlanit y Mòrdekhay, también tenían dos amuletos, pero Godètt rara vez los había visto.

—El cementerio no está muy lejos —susurró Pandora—. Vamos, Godètt. Que tenemos que despedirnos.

Esa noche a la peletera le costó abandonar la granja. El olor a perros despellejados, el recuerdo de los quejidos cuando les arrancaba la piel, la sangre que manchaba el piso, todo, de alguna manera, enraizaba sus borceguíes al suelo pestilente y terroso. Porque muy en el fondo la muchacha no se quería ir. No quería despedirse. No obstante, para que el círculo no se rompiera era menester darle el último adiós a los muertos. Sólo entonces terminaría la época del luto y empezaría una edad mejor.

Esa noche Godètt de Bertrànd salió hacia la oscuridad de las campiñas acompañada de la labriega Pandora van Riegen y, ambas, escondieron sus rostros bajo sus abultadas capuchas. Cuando llegaron al cementerio encontraron una tumba abandonada. Sin flores. Y un anillo de cuervos volando sobre ella. El viento furibundo y los grajeos de las cornejas doblegaban bajo la bruma el espíritu de Godètt.

—Por fin hemos llegado —susurró Pandora mientras sacaba la liebre del zurrón. La labriega la tomó por las orejas mientras Godètt empuñaba el cuchillo.

La sangre tenía que verterse sobre la tumba, y luego, cuando la tierra estuviera manchada, pronunciarían las palabras del adiós. Una última oda a los muertos. Era la única forma de despedirse.

—¿Estás lista? —le preguntó Pandora a su compañera.

Godètt asintió.

La muchacha tragó un poco de saliva, pero no fue hasta que vio los ojos asustados del animal, que se convenció de que estaba preparada. Casi todos los días desollaba perros. Degollar a una liebre no haría gran diferencia. Total, era carne viva. Sólo habría que matarla.

—Empecemos —dijo, y levantó el cuchillo.



El chotacabras

Por: Tadeo Palacios





Como cada atardecer, al quedar las agujas del reloj opuestas entre sí, los chotacabras alzaban el vuelo de retorno a sus nidos en nutridas bandadas, deslizando sus formas sobre los tonos mortecinos del sol, anunciando entre graznidos la pronta caída de la noche y, con ella, la llegada de un nuevo año a las colinas.

Candil en mano, un pequeño otea el aire espeso del ocaso asomando la cabecita por la puerta de su cabaña. Espera ansiosamente escuchar el grueso «¡LLEGUÉ!» que anuncia el arribo de su padre después de un día entero de labores y así poder correr hacia él para mostrarle, orgulloso, el trofeo que hace unos momentos obtuviere al dar una pedrada contra la bulliciosa masa de pájaros que instantes antes surcaba los cielos: un moribundo chotacabras de plumaje castaño. Pensó que le causaría gracia cuando éste se percatase que el ave tenía el mismo color que el de su espesa y larga barba montaraz. Sin duda, ya podía imaginarse a su padre con el pecho henchido al ver que su hijo, durante la víspera de año nuevo, se había vuelto capaz de hacerse con una presa por su cuenta, tal y como él mismo lo había hecho tantas otras veces.

Aparecen los primeros luceros nocturnos y los cantos de las aves son rápidamente reemplazados por el quejido lastimero de los lobos y el coro de las cigarras de los bosques invernales, pero la ausencia del padre continúa y ahora se pone de manifiesto en un lugar vacío de la gran mesa que aguarda dispuesta con platillos humeantes y vino de tonel sobre los jarrones de madera.

Los minutos se hacen horas, horas que se traducen en desesperación, desesperación que empieza a cundir entre los dos miembros restantes del hogar. Mas el niño, parado ahí donde la maleza de la huerta se confunde con el suelo bajo el dintel de la casucha, aguarda impasible junto a su madre la llegada del ausente, confinando al llanto amargo de la espera a lo más hondo de sus entrañas.

El pájaro agoniza en la pequeña mano que le sostiene, enervando a ratos su castaño plumaje, casi rojizo, resistiendo la tentación del sueño eterno con violentas sacudidas. Intenta con desespero abrir el pico pero le es prácticamente imposible por como el niño le tiene aún sujeto del pescuezo.

Una corriente de aire irrumpe al interior de la cabaña, apagando violentamente las llamas que se cobijaban en la chimenea. De pronto, y ante el asombro de madre e hijo, la criatura rompe el silencio de la trágica espera lanzando un imposible y a la vez familiar graznido, invirtiendo hasta el último hálito de su ser en un grito final antes de hacerse uno con las tinieblas:

—¡LLEGUÉ! ¡LLEGUÉ! ¡LLEGUÉ! ¡LLEGUÉ!

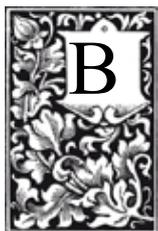
Esa noche, los horrorizados gritos del pequeño y su madre inundaron la colina hasta que las llamas de la chimenea, nuevamente en alto, revivieron de las cenizas y se alzaron con antinatural velocidad prestas a devorar la cabaña y a todos sus ocupantes antes de que el reloj pudiera dar la doceava campanada.



Baltasar

Por: Marcia Morales





Baltasar había nacido después de once meses de gestación de su madre. Se dice que cuando una criatura ha permanecido más de los nueve meses normales de gestación, aprende a amar y degustar los fluidos corporales humanos.

Ya desde niño, Baltasar, mostraba cierta apatía por la comida «normal», solo comía porque le habían enseñado que era necesario para la subsistencia, pero no sentía ningún placer en ello. Sin embargo, él se negaba a aceptar que la alimentación sea solo un acto de conservación y decidió buscar aquellos sabores que le dieran placer a su paladar. Así que empezó a experimentar con toda clase de cosas.

Los padres de Baltazar eran una familia de clase media alta y además de contar con una agradable y confortable casa en una de las mejores zonas de la ciudad, tenían una pequeña casa en las afueras donde solían ir los fines de semana. Esos eran los días más esperados por el niño. Lo podíamos encontrar atrapando pequeños animales o recolectando hojas y frutos extraños, su padres al ver esto pensaban que eran los quehaceres normales de un niño de su edad, nunca sospecharon que todo aquello iba a terminar en su estómago.

Baltazar había probado desde insectos, arácnidos, anfibios, reptiles, pequeños mamíferos hasta toda hoja o fruto que se fuera a cruzar en su camino. Los comía crudos, cocidos, al vapor, ahumados y de todas las formas que él conocía. Sin embargo, nunca había encontrado aquel sabor que él tanto ansiaba... Ese sabor que sabía que existía y que solo recordaba fugazmente, como algo muy lejano, pero no dónde o cómo lo había degustado.

Así pasó su niñez, buscando y añorando algo que él sabía que conocía pero que no encontraba, hasta que a los 13 años, intentando abrir una almeja con un martillo, se golpeó un dedo y en un acto inconsciente se lo llevó, sangrante y adolorido, a la boca. En ese momento se sintió transportado a otra dimensión. Ese era el sabor que tanto había añorado, el que había buscado sin descanso trece años de su vida y, ahora que lo había encontrado, decidió entregarse al placer del sabor deseado. Esa mañana estuvo empeñado succionándose toda la sangre posible del malherido dedo, pero no era suficiente, la consistencia fluida no era tan exquisita, necesitaba el placer masticatorio de algo consistente.

Baltazar había dado uno de los pasos más importantes en su búsqueda, el descubrimiento del sabor que ansiaba. El siguiente paso era conseguir la presa deseada para el banquete de ensueño. Pensando y cavilando recordó que cuando sus padres lo llevaban de casa al colegio, y viceversa, pasaban por una de las zonas pobres y marginadas de la ciudad. En ella veía un par de niños que dormían entre cartones debajo de un puente y que ganaban dinero limpiando los parabrisas de los autos o vendiendo caramelos y periódicos, así que empezó a maquinarse su plan maestro para hacerse con esas, no tan buenas, presas. Aunque para dar inicio a su deseo carnal, literalmente, estarían bien.

Una semana después, le dijo a su madre que no pasara a recogerlo al colegio porque iría a hacer un trabajo, para la feria de ciencias, en casa de unos compañeros. Esa misma tarde, al salir del colegio, se dirigió a la zona pobre por la que solían pasar, se acercó a los dos niños que se encontraban vendiendo caramelos y les dijo que les daría un buen pago si lo ayudaban a regresar a casa, ya que se encontraba perdido. Les dijo que no era de la ciudad y que más bien vivía en las afueras.

Después de unas referencias, los niños pobres concluyeron que aquel niño vivía en una de las hermosas casas que se encontraban en el pequeño valle del sur, a las afueras de ciudad, y gustosamente aceptaron ayudarlo a ir hasta su casa, previo adelanto del pago que les había prometido.

Cogieron un autobús que los dejó cerca a la casa de campo de Baltazar. Una vez cerca, este les dijo que ya reconocía todo y que su casa tan solo estaba a unos cien metros. Les dijo que apenas llegarán a la casa les daría el resto del pago acordado.

Baltazar se relamía y se decía a sí mismo que todo estaba saliendo a pedir de boca. Ya un día antes, había dejado en la casa los implementos necesarios para dopar a los niños, luego matarlos y cocinarlos.

—Esa es mi casa. —les dijo—. Acompañenme hasta adentro. Mis padres vendrán hasta la noche y yo me siento muy agradecido, por lo que no podría dejarlos ir sin antes ofréceles algo de beber y comer. —los niños aceptaron gustosos y una mirada cómplice se cruzó entre ellos.

Los tres niños entraron en la casa. Minutos después un horrendo grito, que hizo volar las aves de los árboles, salía de la casa.

Al día siguiente ambos niños pobres vendían los diarios del día en la esquina de siempre, la noticia del encabezado decía: «Adolescente de trece años desaparecido en extrañas circunstancias».

Lo que Baltazar no llegó a enterarse es que ambos niños también habían permanecido once meses en los vientres de sus respectivas madres.



Terminal

Por: Ernesto Palomino





La cara este del domo había colapsado, causando estragos en gran parte de la ciudad. Los vientos huracanados levantaban aquellos nuevos coches pequeños que golpearon y aplastaron muchas personas. En medio de ese caos encontré a alguien que no esperaba volver a ver.

¿El domo? Pues es lo que se decía, las noticias corren rápido cuando la gente entra en pánico, y yo lo oí de una mujer que entró a saquear el centro comunal donde yo pasaba la noche... y que yo estaba saqueando en ese momento. Déjame contarte: yo había llegado en la madrugada a la ciudad y busqué refugio en un centro comunitario. Aquel día había alguna actividad social que incluía danza, canto y aquellas cosas que no se me dan bien, pero aceptaron alojarme por un par de noches si yo ayudaba en algunas labores. Así fue y, por ser el recién llegado, pude excluirme del espectáculo. No tenía planeado hacer ninguna cosa que me pusiera en evidencia con las autoridades o el ojo público, aprovechaba el bajo perfil de aquel entorno.

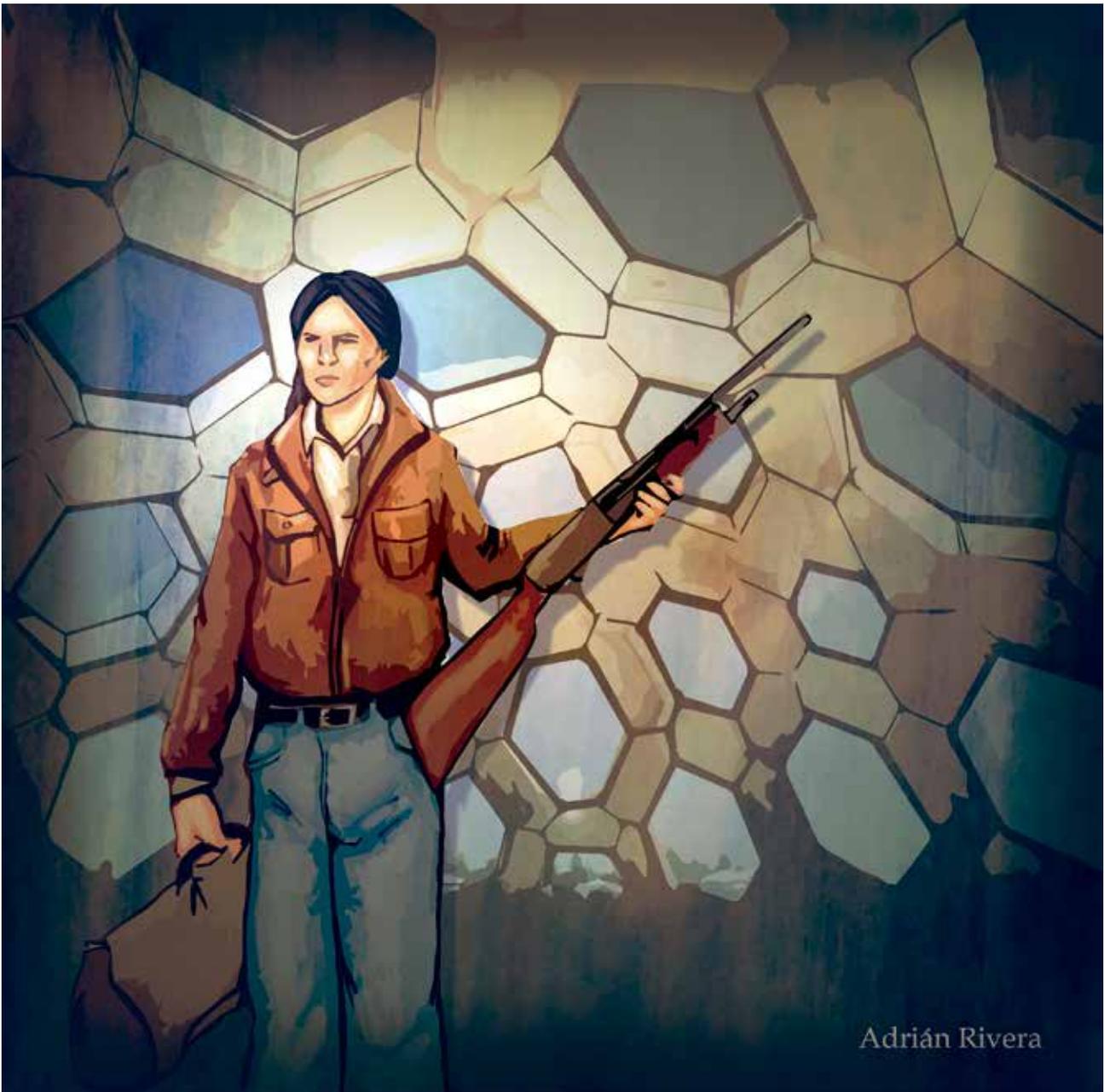
Aún cuando las primeras ráfagas de aquella ventisca infernal se desataron, cuando las ventanas y puertas parecían retumbar y retorcerse ante el temblor, me aseguré de solo a abrirlas las puertas a los miembros del centro y no a aquellos invitados, quienes fueron los primeros en llegar a clamar ayuda dando golpes a la puerta. En el breve lapso que la puerta estuvo abierta, empezaron los empujones y los insultos, era el presagio de lo que vendría, pero yo me desconecté del momento, estaba concentrado en algo que había visto afuera: una vieja amiga de la familia trataba inútilmente de evitar que su coche se elevara por los aires. Me sorprendí aún más al ver a mi padre correr desde algún lugar inexacto para tratar de rescatarla. Volví de esa abstracción para ver que las ventanas empezaban a colapsar y las sillas eran arrastradas por la habitación.

La líder del centro pidió a todos que tratasen de juntar los cristales rotos y los arrojasen en un contenedor plástico y pusieran las mesas en las ventanas para bloquearlas. Corrí hacia fuera: el auto se elevaba a 4 metros sobre el aire con la amiga de mamá dentro. Mi padre observaba impotente la escena. No hubo tiempo para las formalidades del reencuentro, le pregunté qué pasaba, me miró sorprendido y me ignoró completamente. Corrió hacia el centro comunitario y uno de sus empleados le dijo que la señora —mi madre— había sido alcanzada por pedazos de madera que la habían dejado inconsciente. Ya la habían subido a la camioneta y solo lo esperaban a él para partir hacia el hospital, pero al perder su bolso, producto del golpe, había perdido sus documentos.

Mi padre ordenó que la llevaran de inmediato, mientras él iría hablar con el Dr. Céfiro —el mandamás del hospital—. No pude verla ni un instante. Apenas vi los fríos vidrios polarizados cruzar delante de mí y perderse en medio del caos. Papá hizo algo que no esperaba, se puso frenético y corrió hacia un montón de escombros que se apilaban contra una ancha pared y empezó a revolverlo todo. Me pregunté cómo estaría de resquebrajada su amistad con el administrador del hospital para obligarlo a buscar el bolso de mi madre en aquella situación. Yo vi otro montículo en otro edificio y corrí hacia allá, dejé que mi padre me arrastrara por una extraña sensación de competencia, él hizo lo mismo y seguimos en silencio, pero seguros de que nos observábamos mutuamente.

Él me pasó la voz ya que tuvo la suerte de encontrar los documentos de mi madre, todos juntos en una mica —que mujer más precavida—. Apoyado contra el muro hizo una llamada y se quedó a esperar. Fue entonces que hablamos un poco. Más bien, nos recriminamos algunas cosas, pero antes que la charla se extendiese mucho, un gran pedazo de vidrio voló hacia nosotros y tuve que empujar a mi padre para evitar que fuese cortado por la mitad. El ventanal se hizo añicos contra el muro. Uno de los pedazos me rozó la cara y otro el brazo con el que empujé a papá. Él se levantó del suelo sin más que algunas manchas. Había perdido el celular pero se había aferrado a la mica con los documentos.

Le di la mano para ayudarlo a ponerse de pie, entonces me di cuenta: el nombre que figuraba junto a la fotografía de mi madre había cambiado. Mi padre debió darse cuenta de mi asombro pues me miró y dijo: —No puede sorprenderte tanto.— En aquel momento llegó otra camioneta y papá se subió en ella. Fue la última vez que lo vi.



Decidí volver al centro comunitario. Papá se equivocaba, estaba muy sorprendido y no imaginaba una respuesta verosímil. Cuando llegué todo estaba vacío, salvo por la anciana que tomaba mi mochila y mi rifle escondido en un estuche de trípode. Tuve que quitárselos mientras le preguntaba donde estaban todos: habían oído por la radio que toda la sección este sería cerrada y había que correr hacia otras alas del domo que aún eran seguras; la falla no había sido provocada. Dejé a la anciana irse con lo último que pudo llevarse. La radio ya no estaba. No tenía idea de cuánto tiempo había pasado, entonces, alguien más entró a ver si había algo que saquear; le pregunté y me dijo que había pasado más de media hora desde el anuncio.

Empecé a ponerme ansioso. Para evitar el caos y a las autoridades sólo me quedaba usar la salida que los saqueadores usarían: el viejo pasaje bajo la autopista abandonada. Aquel que corre junto al río y que nunca pudieron terminar pues habían subestimado la fuerza de la corriente. Todos sabíamos que los delincuentes se reunían allí y los usaban como sus galerías de escape propios, complementados con los túneles artesanales que ellos mismos habían excavado.

Allí vi una procesión de gente de mal vivir llevando a costas sus cuantiosos botines. Una especie de mercadillo informal tomaba forma y había algunas de las chicas más guapas y más odiosas que había visto por la calle. El ambiente era espantoso. La violencia latente podía percibirse, aún más penetrante que los cantos improvisados en los que se hablaban de una realidad que perennizaban con sus actitudes. Seguí de frente por el camino central, evitando los túneles más estrechos y oscuros.

Al salir, llegue al ala oeste del domo. El olor del mar contaminado se mezclaba con hedores industriales. No había estado allí más que una vez cuando era un niño, la violencia en aquel entonces se reducía a un par de barrios que se aniquilaban entre ellos, pero ahora todo es terreno de guerra, de cupos, sicariato y pandillaje, ya ve. Sabía que no estaría a salvo y que debía ser lo más duro que podía ser. Las calles estaban más desiertas de lo que esperaba. Apenas vi algunas personas caminando, pero, lo hacían con tal soltura y desfachatez que, me sentí inmediatamente amenazado. Era evidente por su seguridad, que eran una comunidad cerrada y violenta ante las diferencias. Mi cabello largo, mi andar sobrio y mi mochila me harían una presa en cualquier momento. No podía jugar la carta de la demencia pues estaba bien acicalado y mi ropa estaba limpia.

Estaba algo paranoico, entre estas cavilaciones, cuando sucedió: dos borrachines aparecieron de la nada y me miraron con ese odio que solo la gente despreciable puede expresar tan bien. Uno de ellos juntó flema y escupió en el suelo en clara alusión despectiva. En un intento de mimetizarme con la escoria, me aclaré también la garganta y escupí en dirección de ellos. No había reparado en lo seca que estaba mi boca o lo cansado que estaba mi cuerpo —debían de haber pasado unas 4 horas desde el incidente del domo y no había descansado mientras atravesaba el túnel—, el escupitajo cayó en el pecho, casi en la cara, de uno de los borrachines que sacó un cigarro de pasta y lo puso en su boca mientras se limpiaba. El otro sacaba una pistola. Sin sacar mi arma de la funda, pude disparar al sujeto de la pistola y eché a correr. El otro empezó a disparar cuando yo estaba doblando una esquina.

Vi gente salir de un bar y hablar del jefe. Me di cuenta de lo que había hecho y, sacando coraje, conseguí alejarme lentamente una cuadra. Luego emprendí la carrera por mi vida. Cuando me agoté, me puse a buscar un callejón donde esconderme. Entonces, recordé la época en que había ido a la Terminal cuando era un niño; no recordaba el porqué, pero recordaba estar junto a mi padre. Pasé un gran número de bares en calles consecutivas, grandes sectores industriales rodeados por pequeños barrios de mala pinta, murales de hombres con apariencia de sicarios y mafiosos —después asocié a esos “mafiosos” con músicos, algunos virtuosos— no más que media docena de edificios residenciales y una estatua en medio de la nada: dos manos saliendo de la tierra de forma paralela mostrando las palmas al cielo, que parecían una imagen pía, y los dedos toscamente trabajados para representar el trabajo tosco de sus habitantes. Aquella misma actitud salvaje estaba en el ambiente, cubierta de otros disfraces y otras modas pero con su latente explosividad.

Mi padre debía haber llegado sin problemas a la zona sur del domo. Los trabajadores de las embajadas solían tener esas facilidades, pero seguía sin entender por qué se habían cambiado los apellidos y no los nombres, o qué hacían en un barrio del este como aquel del Río Viejo. Entonces, pensé que la razón debía ser la misma por la que fuimos a la Terminal hacia tantos años, cuando él aún trabajaba para el Ministerio de Biosostenibilidad y Ambiente, y compartíamos el apellido, cuando las polémicas decisiones del gobierno engendraron el caos.

Encontré un callejón que se curvaba hacia una fábrica. Troté pensando en meterme dentro y esperar que todo se calmase. El pasaje se hacía cada vez más estrecho hasta terminar en un cono sin salida, pero en la parte final, rozando los bordes de los gigantescos muros, estaba una motocicleta. Me acerqué y tomé la botella de agua que encontré con mucha prisa. De pronto, comencé a toser, a la vez que escuchaba los gritos y el ruido que los pandilleros hacían al pasar por allí en esas turbas, que antes llamaban barra brava, y que hoy los medios sensacionalistas llaman columnas de muerte.

Me senté resignado a quemar mis últimos cartuchos en aquel callejón minúsculo, sin posibilidad de escapar de una tanda de lacras y canallas. Aquellos que encabezaban la procesión de mi linchamiento, aparecían sosteniendo palos, machetes, garrotes de todo tipo. Levanté mi arma, pero antes de que pudiera disparar, algo sucedió. Sentí tras de mí el viento, miré de reojo, y vi a una mujer con una metralleta automática, en una mano, y una granada en la otra. Arrojó la granada al centro de la multitud y me apuntó con su arma. Se puso el casco mientras subía a la moto y la encendía. Solo me dijo «sube».

Atravesamos los cuerpos mutilados y las nubes de polvo, enseguida para vernos rodeados por la turba que sostenía armas de fuego en las manos. Ella arrojó una segunda granada y serpenteó entre cadáveres hasta alejarse de la multitud que disparaba hacia nosotros. Me dieron en el hombro. Comprendí que la sicaria me usaba como escudo humano. No sé cuándo se detuvo ni cómo me noqueó, pero cuando desperté estaba sentado aquí contra este árbol y me di cuenta que, el mundo del que había escapado en mi adolescencia al huir de la casa de mis padres, me había encontrado.

A large, colorful advertisement for 'Lima Show'. The central graphic is a large, stylized 'V' shape. The top part of the 'V' is a yellow circle containing the text 'LIMA SHOW' in bold black letters, with a white star in the 'O'. Below this, the text 'FOTO & VIDEO DE BODAS', 'HORA LOCA TEMÁTICA', 'DRONES BATUCADA', and 'ROBOT LED' is written in white. At the bottom of the 'V' is a yellow triangle containing the phone numbers '9869 - 89144' and '9916 - 02114', followed by the text 'DISFRUTA TU EVENTO' and 'NOSOTROS LO HACEMOS POR TI'. At the very bottom is a Facebook icon followed by the text '/LIMASHOWBTL'. The background of the 'V' is filled with various images of people in costumes, dancing, and celebrating. On the right side, there is a vertical text 'SPX/NEUSUD'.

**LIMA
SHOW**

FOTO & VIDEO DE BODAS
HORA LOCA TEMÁTICA
DRONES BATUCADA
ROBOT LED

9869 - 89144
9916 - 02114

DISFRUTA TU EVENTO
NOSOTROS LO HACEMOS POR TI

 /LIMASHOWBTL

SPX/NEUSUD

Corazón percutido

(Autopsia de un amor)

Por: Sumah A. Kralj





Uno a uno fue desabrochando los botones de mi camisa. Uno a uno con paciencia y fríamente hasta que llegó al final. Sus manos blancas estaban cubiertas por guantes de látex, así lograba evitar cualquier contacto con otro cuerpo... humano y extraño. Aquel hombre pálido me miraba sin mirarme, me miraba como perdido en algo más. Tranquila y minuciosamente hacía sus quehaceres como si fuera un artesano. Apoyó mi cuerpo en la gran mesa de acero. Hasta los pelos de mi espalda se achicharraron por el frío, sin embargo, no podía moverme. Lo único de mí que se sacudía ágilmente eran mis ojos. Intentaban capturar todos los detalles de aquella extraña situación.

Él, luego de acostarme, se dio vuelta y comenzó a buscar ciertos instrumentos. Una gran tenaza fue la encargada de cortar mi corpiño por la mitad y dejar al descubierto mis pezones erizados. El hombre sonrió, frío e impío. Su figura se elevaba delante de mí como una pantalla en la cual solo se podían ver migajas de una historia que ya no era. Un final que se anunciaba triste. Sus manos cubiertas por esos asquerosos guantes empezaron a trazar dibujos en mi pecho. No parecía importarle mi cuerpo estático, solo se divertía. Dibujaba líneas y garabatos como si la piel fuera una pizarra. Esas marcas no se borrarían. Alzó el gran bisturí y mis ojos vieron la fina línea de sangre que comenzó a brotar como un río en medio de mis tetas. Arrancó la piel despacio, todo tenía su arte implícito, todos sus movimientos eran suaves y dramáticos, calculados. Arrancó la piel y hundió el brillante metal, yo no sentí nada. Solo veía horrorizada como se abría mi pecho y como brotaba más sangre cuando ingresaba el aire en mis pulmones, como extraía mis órganos, como mi corazón ya latía fuera de mí.

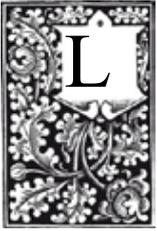
No morí, no lo hice para no darle el gusto. Eso sí, llegó un momento en que mi vista se nubló, en que no quise ver más. Fue en un segundo. Mi corazón colgando y él sonriendo con un taladro en la mano.



El rolfie

Por: Falco Rivera





Las frías aguas volvieron a agitarse cerca de él rompiendo por un instante el irreal silencio que reinaba en el centro del lago negro. Un segundo después, sintió un inquietante torbellino cerca de los pies descalzos y, al tiempo que el miedo le encogía los testículos, su muslo izquierdo fue rozado por algo, por aquello que estaba bajo él y que, suponía, intentaría arrastrarlo a las desconocidas y oscuras profundidades (tal como lo hiciera con sus compañeros de expedición). Como pudo, se asió al borde izquierdo del deslizador de casco ahusado e impulsó su cuerpo hacia arriba. Trató de recuperar la calma pues no deseaba entorpecer un movimiento al que, además, debía imprimirle la velocidad más rápida posible si deseaba escapar de una muerte segura. El animal, pues pensaba que era un animal, no iba a tardar en dar la vuelta.

Apenas puso las manos en uno de los asientos del deslizador este fue sacudido con fuerza en la proa, desequilibrando al hombre y devolviéndolo a las negras aguas. El golpe que el animal le había dado al deslizador había sido tan fuerte que este había girado casi treinta grados sobre su eje, de tal forma que cuando él volvió a asomarse a la superficie, casi tragando agua por la naciente desesperación, tenía la punta delantera del deslizador frente a él y hacia su izquierda. Y, obviamente, era imposible subir por ahí, debía meterse en la embarcación por el medio.

En ese momento, escuchó a sus espaldas un sonido que le erizó los pelos. El mismo sonido que Yarion había escuchado minutos antes del ataque. El mismo sonido que Delaphi confundiera con el de un yaranon de río. Un sonido seco, plano, con gorgoteos ocasionales, que para él era imposible de relacionar con un yaranon. Un sonido antes desconocido pero que ahora, por lo sucedido hacía unos minutos, relacionaba con el inminente ataque de un depredador dentro de la fauna de ese exótico planeta.

Instintivamente se volvió. A unos quince metros pudo ver una forma blancuzca y rugosa, algo más grande que el puño de su mano, evadiéndose presurosa dentro de las aguas. Si eso era el animal (o parte del animal) que los había atacado, entonces tenía una buena oportunidad para subirse al deslizador ya que la criatura estaba lejos.

Tan rápido como sus brazos se lo permitieron nadó hasta el costado de la embarcación.

Lo escuchó otra vez, el sonido, pero ahora parecía estar más cerca, demasiado cerca.

A pesar de estar apenas a un metro y medio de distancia de la nave, un destello de desesperación empezó a apoderarse de sus movimientos, que se hicieron erráticos. Extendió los brazos para aferrarse al borde del deslizador pero sus manos resbalaron en el húmedo casco y perdió el apoyo que tanto buscaba.

—¡Oh Dios...!

Inmediatamente una imagen de su esposa Lane y su hijita Yiram se apoderó, dolorosamente, de su cabeza. Yiram, su primera hijita, su única hijita, su hijita adorada...

El agua se removió a su espalda y un sonoro chapoteo, acompañado de una especie de lamento muy agudo, rompieron otra vez la quietud del lago. De reojo pudo ver como cientos de yrics despegaban de los gigantescos árboles de troncos rojizos que estaban en la alejada orilla pedregosa. ¿Acaso esas criaturas voladoras se habían asustado con ese peculiar lloriqueo o simplemente iniciaban una nueva ronda de búsqueda de alimento?

El lamento y el chapoteo volvieron a escucharse en el lago.

El hombre, pensando en Yiram y Lane, las dos únicas personas que realmente eran importantes para él en toda la galaxia, se asió al borde de la embarcación con ambos brazos, aferrándose con tanta fuerza que cada uno de los huesos de estos parecían estar a punto de astillarse a causa del el esfuerzo. Cuando por fin pudo elevar su cuerpo, percibió como se removía el agua que aún estaba en contacto con sus piernas y la garganta se le secó pues estuvo seguro que el animal se encontraba exactamente debajo de él. No tenía tiempo que perder.

—Yiram...

Una cosa suave y rugosa le tocó la planta del pie izquierdo.

—¡Yiram!

Luego sintió que este era sujetado con firmeza. Un dolor punzante se aferró a sus dedos y le pareció que estos estaban siendo taladrados, traspasados. No gritó, mas bien se quedó sorprendido, la boca y los ojos muy abiertos, por la intensidad de esa mordida que lo empezaba a halar hacia el fondo, hacia la muerte segura.

—¡No, no, Lane, Yiram...!

La desesperación obró el milagro proporcionándole la fuerza y rapidez suficientes para alzarse sobre el borde del deslizador y caer dentro del mismo, golpeándose con todos los instrumentos de registro que estaban en el piso plano, desperdigados sin orden alguno. Segundos después, la nave fue golpeada otra vez por el animal que había estado a punto de arrastrarlo a las profundidades del lago.

Johan, con la respiración muy agitada, entrecortada incluso, las rodillas temblando, se quedó tendido tal cual había caído en el piso, sin pensar en algo concreto, ni siquiera en su esposa e hija. Pasados un par de minutos, se dio cuenta del dolor que azotaba, con espaciadas pulsaciones, los dedos de su pie izquierdo. Era un dolor agudo, fastidioso, pero no insoportable. Se dio vuelta, se apoyó en los codos, flexionó la pierna izquierda y se miró el pie de blanca piel contrastado violentamente por la sangre que no dejaba de fluir de los dedos que estaban... ¿destrozados?

—Oh, no, hijo de puta, hijo de puta...

Un charco rojo y espeso comenzó a formarse debajo del talón. Johan, tratando de no imaginar la horrorosa visión de huesos y carne triturados en el borde de su extremidad izquierda inferior, tomó el pie herido y se lo acercó al rostro para examinarlo, con las manos temblando.

—Hijo de...

No, los dedos no estaban destrozados, podía moverlos, ninguno de los delicados huesos se había roto, eran solamente profundos rasguños, largos arañones que no dejaban de manar el rojo fluido.

—Gracias a... ¡Pero qué tal hijo de puta!

Su pie no había sufrido un daño más severo gracias a la aleonita, la protección epidérmica que cubría la casi totalidad de su cuerpo y que es de uso obligatorio en toda exploración a planetas desconocidos. La aleonita estaba hecha para resistir, sin dañarse, incluso el disparo de armas de gran calibre. Pero el animal, haciendo presa en su pie, había atravesado la aleonita transparente con unos ¿dientes? que llegaron no solamente a arañar su piel sino que provocaron mordeduras profundas.

—Maldito... hijo de puta, por Dios...

¿Qué clase de depredador tenía la fuerza de tracción suficiente en la mandíbula y la dentadura tan resistente como para atravesar la aleonita? Ni siquiera los grandes gremes de Escalfa, con sus bocas de casi dos metros de ancho, podían romper las protecciones corporales de aleonita, antes mas bien sus monstruosos dientes se quebraran. El animal, ahora estaba seguro que por completo desconocido para la ciencia, terrana por lo menos, debía de ser un depredador formidable. Y entonces, ¿qué tipo de presa requeriría unas fauces tan excepcionales para ser devorada? ¿Y... eran esas mordidas realmente mordidas hechas por dientes? Bueno, tenían que ser dientes, las heridas de su pie estaban espaciadas, cortes distanciados entre uno y otro por algo así de dos centímetros. Eso era mucho para una dentadura continua... Claro, la longitud total de los supuestos dientes no había hecho presa de su pie, aparentemente sólo la punta de los mismos llegó a traspasar su protección corporal, eso era lo más probable. ¡Y no se habían hecho añicos!

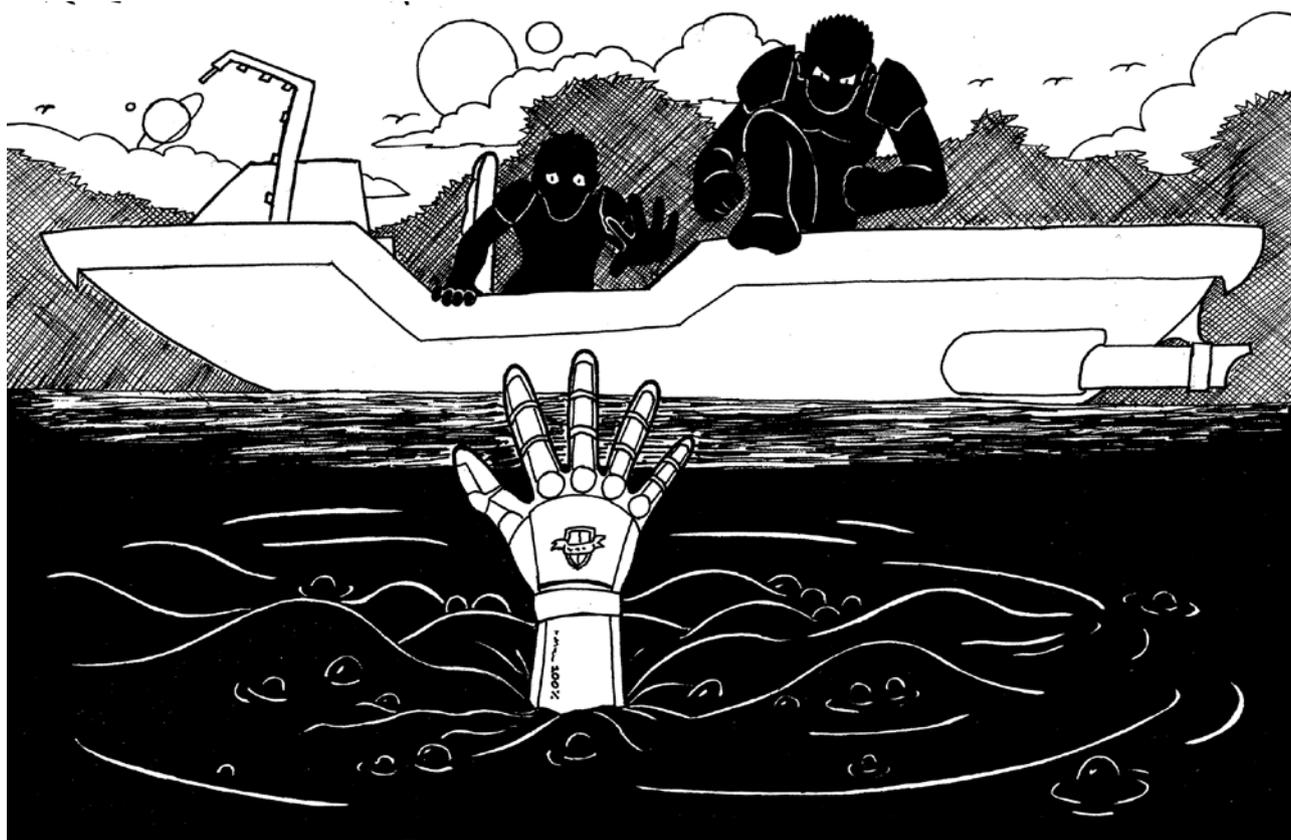
—Caray... esta criatura debe ser fascinante. Si la capturo y la estudio... ¿otro premio de la Academia...?

—¡Imbécil, imbécil, hijo de perra, eres un imbécil!

Se llevó ambas manos a la cabeza y encogió las piernas.

Yarion.

Delaphi.



Estaban muertos, arrastrados hacia el fondo por el maldito animal, uno tras otro en un sigiloso e intempestivo ataque que lo dejó con el corazón en vilo. ¿Cómo podía ser tan mezquino? Yarion, su amigo de años, muerto mientras estaba a punto de sumergirse en el pantano para hacer unas grabaciones en video de la fauna subacuática, aparentemente cogido por el tórax, arrastrado unos metros por sobre la superficie, gritando aterrorizado hasta que el grito se ahogó junto con él mientras desaparecía en las aguas. Delaphi, su primo, compañero inseparable desde la niñez, el eterno imprudente que saltó detrás del desaparecido Yarion sin pensar, sin razonar, solamente llevado por la reacción instintiva de proteger a un semejante, reacción estúpida y carente de toda inteligencia que dio como resultado una desaparición rápida y silenciosa en el lago, sin grito alguno, sin ni siquiera una reacción de sorpresa, sin ningún gesto en su rostro, con apenas un apagado chapoteo que se escuchó cuando dejó de verlo, un chapoteo al que siguió una calma morbosa, inmoral, casi indecente, pero en el fondo tan propia de ese inexplorado paisaje salvaje en el cual lo único que no era natural eran ellos y la nave en la que se deslizaban.

Su amigo Yarion.

Su primo Delaphi.

¿Qué les diría a sus familias...?

¡Oh, por Dios, qué les diría al tío Owen y a la tía Beru!

—Primero tienes que salir vivo de aquí, Johan.

La repentina reflexión le produjo un desagradable escalofrío. Supuso que mientras se mantuviera dentro del deslizador no correría peligro alguno. Ya sabía que el animal era fuerte, por los golpes que le había dado a la embarcación y por la violencia con que había arrastrado a sus compañeros. ¿De qué tamaño sería? Salvo asumir que era lo suficientemente grande como para llevarse a un ser humano con tanta facilidad y lo suficientemente pequeño como para no hacer lo mismo con el deslizador no podía llegar a conclusión acertada alguna. ¿Dos metros de largo, tres? Y de la forma del animal tampoco tenía ni idea. Lo único que había visto de la criatura, por apenas una fracción de segundo, fue lo que asumía que era parte de la piel del mismo, una piel blanca y arrugada. Bueno, también tenía el dato de una formidable dentadura capaz de perforar la aleonita. Y ninguna especie viviente conocida podía...

—Un momento, acaso el... ¡Imbécil, ese ser está extinto desde hace siglos en otro mundo!
¡A veces se le ocurría cada estupidez! Ahora que... ¿era uno solamente o más de uno? ¡Esa sí que no era ninguna idea estúpida!

—Mierda, no me voy a quedar aquí para averiguarlo.

Reparó en la herida. Al ver nuevamente el pie rasguñado, que ya no sangraba, la precaución le dijo que sería bastante conveniente aplicarse un gel antibiótico. La perspectiva de una infección rápida o la acción de alguna sustancia venenosa desconocida, no fue nada tranquilizadora. Varias veces fue testigo de mordidas en apariencia inocentes pero que después demostraron unas consecuencias bastante desagradables y, a veces, casi mortales. El maletín médico no estaba al alcance de su mano, así que tuvo que incorporarse para cogerlo.

El deslizador se meció, con suavidad.

Pero no fue exactamente el movimiento de su cuerpo lo que hizo oscilar al bote, y de eso se dio cuenta con preocupación.

El animal seguía allí, en el agua, había vuelto a tocar la embarcación.

—Hijo de puta...

La curación tendría que esperar, ahora solamente quería salir de allí a la mayor velocidad posible.

Desde donde estaba, en el centro del lago, podía ver con claridad el transbordador, asentado con sus patas extensibles sobre la playa rocosa, rodeada de gigantes arbóreos, en la que aterrizaron el día anterior. Hasta allí mediaban casi tres kilómetros de distancia. A velocidad máxima podría llegar a la orilla en menos de...

La nave se sacudió con violencia, tomándolo por completo desprevenido. La proa del deslizador se elevó un metro y medio sobre el agua, Johan cayó de espaldas contra el piso, se golpeó la cabeza con una caja metálica y se dio cuenta, horrorizado, que la nave seguía alzada sobre la superficie mientras él se deslizaba de cabeza hacia las revueltas aguas del lago. Se aferró con pies y manos a los bordes de la embarcación, desesperado, el deslizador se inclinó aún más, Johan perdió los puntos de apoyo, se deslizó sobre el piso con una lentitud de pesadilla, hacia la ya sumergida popa, y entonces escuchó de nuevo el agudo lamento de la desconocida criatura, pero esta vez el mismo se fue intensificando hasta hacerse casi desgarrador, transformándose en un ruido inmisericorde, demasiado fuerte, muy cerca de él, debajo del deslizador. Sus manos hicieron presa de un cabo de amarre enganchado al navío pero se dio cuenta que irremediablemente iba a sumergirse en las negras aguas, su cuerpo giró en el aire, en la anegada popa sus pies tocaron el agua, el pie herido acusó la frialdad de la misma y entonces la proa del deslizador volvió a caer, con dureza, sobre la superficie del lago. En medio del balanceo continuo de la embarcación, Johan, dolorido por el golpe que se dio al dar contra el piso del deslizador, la respiración agitada, se apresuró a llegar al centro de la nave, ligeramente anegada, para poner a salvo los pies que estaban apoyados en el borde de la popa.

Johan temblaba. El miedo lo envolvió, se hizo un ovillo en el centro del deslizador, cerró los ojos, luchaba por recuperar el ritmo respiratorio, luchaba por contener las ganas de orinar. No quería morir. Nunca estuvo en una situación que lo enfrentara con la muerte. De hecho, jamás se había puesto a pensar en la posibilidad de morir de una manera no natural. No podía morir. Tenía una familia, debía cuidarla y protegerla, a su esposa, a su hijita.

—Cálmate, cálmate...

El animal era fuerte, muy fuerte, estuvo sosteniendo parte del deslizador en el aire, desde el agua, ¿¡pero cómo, por Dios santo!?

—Cálmate, cálmate Johan...

A pesar del miedo una parte de él, la parte científica que correspondía a su formación como exozoólogo, era un solo de confusión que buscaba explicar a qué clase de animal se estaba enfrentando para así saber ¡cómo coños pudo sostener el deslizador durante tanto tiempo, Dios bendito...!

—¡Cálmate, imbécil, cálmate, maldita sea!

Escuchó un chapoteo continuo acompañado de un desquiciante y agudo gemido que le erizó todos los pelos del cuerpo. Después, silencio.

Una bandada de yrics pasó por encima del deslizador, volando en el húmedo aire con parsimoniosa lentitud. Johan los vio, se le ocurrió que los minúsculos carroñeros estaban esperando algo inminente, lo obviamente inminente en cualquier, o casi cualquier, ecosistema: el depredador ataca, se come a la presa y los carroñeros después se encargan de hacer el trabajo de limpieza con los restos de la misma. Aunque en este caso eso no sería posible, el animal de mierda ese era un ser acuático y por lo tanto de los restos se encargarían precisamente los carroñeros que vivían en las aguas del negro lago. Los yrics dieron unas vueltas sobre la embarcación, mirándola con curiosidad, aunque a Johan se le antojó que los animalejos voladores lo miraban con lástima. Tras unos minutos de ociosa observación, emprendieron el vuelo hacia la seguridad de los gigantescos árboles de las orillas.

—Tengo que salir de aquí.

Sin levantarse, pegado al suelo, se movió con rapidez hasta el asiento del piloto.

El deslizador empezó a girar sobre su eje, el agua se agitó.

Johan, por unos segundos, no supo qué hacer. Después lo invadió la cólera, se puso de rodillas y, mientras la nave seguía girando al ser empujada desde uno de sus extremos por el animal, buscó una de las armas que siempre llevaban con ellos. Encontró un rifle de pulso, cargado, lo tomó, le sacó el seguro, miró hacia la proa, a la superficie del agua, nada, miró hacia la popa y ahí estaba, una estela que indicaba la presencia de algo que se deslizaba en la negrura, una estela bajo la cual se podía ver una difusa forma blanquecina.

Y esa forma *era* grande.

Era una forma *muy grande*.

—Por Dios...

Levantó el rifle y apuntó hacia donde suponía que podía estar la cabeza de la criatura. Lo pensó mejor y dirigió la mira del arma un poco más atrás para procurar acertar en el cuerpo del enorme animal, que seguía empujando al deslizador por la popa. Curiosamente, experimentó algo de pena por lo que estaba a punto de hacer. No le gustaba segar la vida de animal alguno, por más peligroso que este fuera. El hecho de matar a un ser viviente, usando un arma, se le antojaba incluso hasta inmoral por la clara ventaja que esto suponía. Pero era su vida la que estaba en juego. Esa criatura lo seguía acosando, impulsada por sabe Dios qué motivos.

Y esa cosa había matado a sus amigos.

Y, por lo visto, estaba decidida a hacer lo mismo con él. ¿Por qué? Con algunos animales nunca se sabía, nunca.

—Lane, Yiram...

Se aseguró de tener bien sujeto el rifle y puso el dedo sobre el gatillo.

—Lo siento —murmuró con auténtico pesar.

El lento girar del deslizador se detuvo, la estela desapareció, la enorme forma blanca se esfumó en la negrura acuática, unas burbujas asomaron a la superficie estallando imperceptiblemente, de nuevo la paz reinó en el centro del lago.

—Pero...

¿Acaso era posible qué...?

¡flup!

Se volvió, con el rifle en alto, el sonido se había producido hacia la popa, su corazón empezó a latir furiosamente, a pesar de la bochornosa temperatura del lugar, su cuerpo se estremeció por un frío irracional que le congeló la sangre.

—Ese animal... pudo atravesar la aleonita y ahora... cuando iba a disparar...

¡flup!

De nuevo, detrás de él, el sonido suave de algo que se sumerge con rapidez, las ondas concéntricas sobre el agua expandiéndose con absoluta pereza.

—No, no es posible...

—Ya, lárgate de aquí.

Sin soltar el rifle se sentó en el asiento de control, encendió el motor, los minúsculos generadores tardaron tres segundos en repeler la fuerza de gravedad, tres segundos que a Johan se le hicieron eternos, y recién entonces...

¡flup!

...pudo accionar la palanca del acelerador mientras que el deslizador se elevaba hasta los cincuenta centímetros sobre la superficie del agua. Puso la palanca al máximo, la inercia lo arrojó hacia atrás, se sujetó del asiento con ambas manos lo suficientemente a tiempo para no ser expulsado de la nave. Sin mirar atrás buscó la playa en la que descansaba el transbordador, la encontró, la playa de piedras negras circundada por enormes árboles de gruesos troncos rojos y acanalados, orientó el deslizador hacia la orilla, la cual se fue acercando cada vez más y más rápido, no tardaría en llegar a la misma, apenas un par de minutos más, sólo un par de minutos pero aún así no quería mirar hacia atrás, estaba reprimiendo unas ganas incontenibles de volverse pues una absurda parte de su imaginación dibujaba la imagen de esa criatura monstruosa, espantosa, horrorosa hasta lo inimaginable, persiguiéndolo, surcando las aguas a la misma velocidad que el deslizador, volando sobre ellas, impulsándose tras él con el único objetivo de despedazarlo entre sus gigantescas fauces llenas de filudos y despiadados dientes, dientes en hileras, cientos, miles de dientes asesinos, no, no quería ver qué había detrás de la embarcación, no quería saber qué había detrás de él, aún así no hubiera nada no quería voltear la cabeza por más ganas que tenía de hacerlo, pero las ganas eran incontenibles, irreprimibles, casi seductoras, y pudieron más que la mítica figura del monstruoso ser que su mente, presa del miedo, había retratado en su cerebro, así que, con la garganta seca...

—¡No, papi, no, no lo hagas papito, por favor...!

...miró hacia atrás.

Nada.

Nada más que la estela que iba dejando el veloz paso del deslizador.

Exhaló todo el aire que estaba reteniendo en sus pulmones, aliviado, agradecido, el ritmo cardíaco empezó a regresar a la normalidad, sus manos, que apretaban los controles hasta tal punto que los nudillos estaban blancos, se relajaron, solamente en su estómago seguía concentrándose el miedo, pero ya diluido, aunque fastidioso e insistente advirtiéndole irracionalmente a Johan que mientras que no pusiera pie en tierra, mientras siguiese sobre el lago, no estaba realmente a salvo.

—Sí, claro...

Pero iba a cien kilómetros por hora flotando sobre el agua. Dudó que a esa velocidad pudiese siquiera alcanzarlo, aunque sabía que bajo el agua muchas criaturas conocidas superaban esa marca. Y esta especie era desconocida, tal vez...

Repentinamente, a unos cien metros de la negra orilla pedregosa, el deslizador empezó a desacelerar y, tras recorrer cuarenta metros más, se detuvo por completo, sin dejar de flotar a cincuenta centímetros de la superficie.

Johan tardó en reaccionar. Por unos segundos su cabeza se quedó en blanco. Después, con absoluta tranquilidad, puso la palanca de aceleración en la posición mínima para luego colocarla en la marca máxima.

La embarcación no se movió.

Recién entonces el miedo, dejado de lado a causa del obvio desconcierto, volvió a espesarse en el estómago para, con rapidez, dispersarse por todo su cuerpo, inundando hasta la última célula de su humanidad.

—¡Maldición, no!

Movió la palanca, una y otra vez, de arriba abajo y de abajo arriba, con frenesí, pero sin mirar hacia atrás, y es que no quería hacerlo, sabía que si miraba hacia atrás vería a la criatura que había matado a Yarion, al animal que había arrastrado a su primo Delaphi, cerca, muy cerca, a ese ser que supuestamente no debería existir...

—¡No existe, está extinto, no existe, Johan, se extinguió en otro maldito planeta, no aquí! ...*planeando* el ataque final.

Pensando.

—¡Préndete, mierda, préndete maldita máquina de mierda!

Se dejó dominar por la desesperación y, en un acto por completo irreflexivo, desconectó el motor esperando que con eso la potencia regresara a los canales aceleradores. La nave descendió con suavidad hasta tocar el agua. Johan apretó el botón del encendido, pasaron los tres segundos necesarios para que el deslizador volviera a elevarse sobre la superficie.

¡flup!

—Oh por Dios...

La embarcación se quedó quieta. El motor, inexplicablemente, estaba muerto.

¡flup!

—Oh, no, no puede ser, no...

Sin pararse, asiéndose con fuerza al asiento, miró hacia todas partes para localizar al animal. Tenía el rifle de pulso al lado. Lo levantó y se dispuso a disparar a lo que sea que se asomara a la superficie.

Durante varios minutos, sentado en el asiento de control del deslizador, que estaba a escasos sesenta metros de la orilla del lago, permaneció absolutamente inmóvil, atento a cualquier movimiento en el agua, atento a cualquier sonido que proviniera de esta, atento a cualquier vibración en el ambiente, atento a cualquier cosa que le indicase que el ser estaba cerca. Pero no pasaba nada. Lo único que sentía era su agitada respiración y el sudor frío acumulándose en su frente y axilas en medio de un silencio opresivo, de una quietud que empezaba a acrecentar su nerviosismo.

Su vista se concentró en la orilla, en el transporte, en el vehículo salvador que lo sacaría de ese lugar maldito...

—¿Puedo hacerlo?

Era buen nadador, era un nadador muy rápido, podría cubrir esa distancia en... ¿cuánto tiempo?

—¿Puedo...?

Escuchó el chapoteo a su izquierda. Por puro reflejo apuntó el cañón del arma hacia el origen del sonido y disparó hacia la forma oscura que había aparecido en el agua, a unos quince metros del deslizador, errando el blanco. Cuando reparó en lo que era aquello que había aparecido en el agua, el corazón se le encogió y agradeció a su mala puntería.

—¡Delaphi!

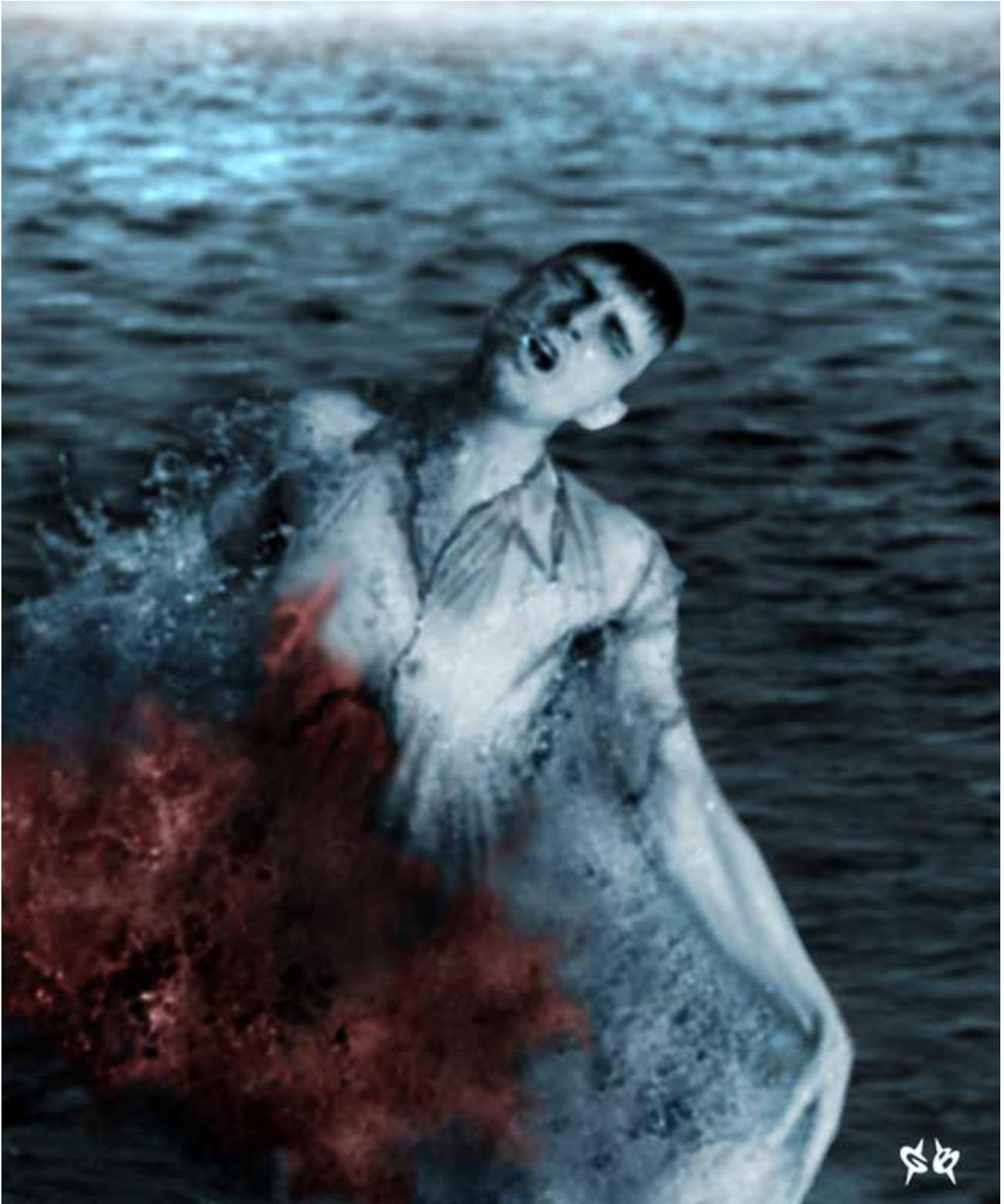
¡Era su primo, estaba vivo!

—¡Delaphi!

Flotaba de manera extraña, acercándose con dificultad a la embarcación, su rostro salía y entraba del agua. Johan pensó que su primo estaba haciendo un gran esfuerzo por acercarse a la embarcación, debía de estar exhausto. ¿Cuánto tiempo había estado nadando y desde dónde? Buscó algo que flotara para arrojárselo, pero no encontró nada. Y de inmediato recordó que la embarcación, como no, ¡tenía un par de remos! ¡Qué estúpido había sido! Estaban asegurados en los lados internos del bote. ¡Remos, claro, remos, pero es que nunca los usaban! Desenganchó uno de estos y lo metió en el agua.

—¡Delaphi, espera, espera que ya voy!

Remó con fuerza. Delaphi se había quedado quieto, flotando y hundiéndose intermitentemente sobre la negra superficie, la cabeza ladeándose de un lado a otro, tragando y expulsando agua con un ritmo preocupante. Estaba a sólo cinco metros del deslizador, unos segundos más, Johan gritó de nuevo para animar a su primo y entonces notó que los ojos de Delaphi estaban cerrados, notó que su boca seguía abierta, notó que en realidad *no era* Delaphi quien hacía esos grotescos movimientos por mantenerse a flote y, espantado, dejó de remar.



El cuerpo de Delaphi detuvo su agitado movimiento y empezó a elevarse, muy despacio, sobre el agua, arqueándose hacia delante, luego hacia atrás, los brazos caídos a los lados, la cabeza inclinada hacia la derecha, la camisa destrozada, rasgada. Luego, a través de un desgarró en la prenda se dejó ver la carne de Delaphi triturada junto con unas costillas que se habían fundido en una sola masa rojiza, confusa. Johan sintió un acceso de náuseas al ver el machacado torso de su primo. Entonces, precedido por un violento movimiento de lado a lado, el cadáver de Delaphi fue, literalmente, disparado del agua, a una velocidad inconcebible, hasta que el torso sangrante, sin extremidades inferiores, fue a dar contra las negras piedras de la orilla con un golpe blando y del cual escapó un murmullo obscuro.

Johan, luchando por retener el medio digerido almuerzo dentro del estómago, se sentó lentamente, sus manos temblaban tanto que el rifle de pulso se le escapó y cayó al piso del deslizador.
¡flup!

Escuchaba y no escuchaba, al mismo tiempo, los sonidos que el animal producía en la superficie del lago.

¡flup!

Su primo, su casi hermano, Delaphi... Pero... Pero esa criatura, ese animal del infierno, ¿cómo es que había sido capaz de hacer algo... algo tan cruel, tan endemoniadamente...?

—No, no es posible.

—Entonces sí es un...

Ese animal *sabía* lo que estaba haciendo.

—No, no por Dios, no, no es posible...

La piel, la piel que había visto en un atisbo era *blanca*, era *blanca y rugosa*, y el animal era fuerte, muy fuerte, *fuerte y grande, muy grande...* y sabía, sí, el ser, ese animal, *sabía*...

Esa criatura se había extinguido en Zulande, a cien años luz de distancia de donde estaba ahora, no podía estar viva *aquí y ahora*.

—¡No, no, no, ese monstruo ya no existe, no, no, no!

El horrisono lamento del animal se dejó escuchar en el silencio, apoderándose de él, rasguñándolo sin piedad, como confirmando las sospechas del asombrado hombre que estaba en la embarcación, como afirmando al mismo tiempo su propia existencia. Y de hecho eso era lo que el ser estaba haciendo, le estaba diciendo al humano que era real, le estaba diciendo a Johan que *sabía*, y que *sabía* que él, ahora, ya lo sabía.

—¡No!

Johan se encogió en sí mismo, asustado hasta la médula, el temblor de las manos se intensificó y sus labios empezaron a moverse sin control, un frío intenso se apoderó de todo su sistema digestivo, se expandió por el bajo vientre y se deslizó por las piernas amenazando con aflojarle los esfínteres mientras el pavor iba evolucionando hacia el inevitable pánico.

—Papi, papi no te mueras papito, no te mueras.

—¡Yiram!

Yiram, Lane. No, no podía dejarlas, no podía, no, si él moría en ese lago de eterna negrura, ¿quién las cuidaría entonces?

—Lane...

Saber a qué especie de ser se estaba enfrentando, a esa especie de... aberración genética, de origen desconocido, cuya existencia desde hacía siglos se daba ya por extinta en otra región de la galaxia, le producía un horror petrificante. Pero la sola idea de su esposa e hija desamparadas en un sector cada vez más inestable e inseguro, fue lo suficientemente fuerte para, por lo menos, devolverle la capacidad de pensar con calma.

Tenía el rifle de pulso, arma más que suficiente para eliminar al animal de mierda que estaba cerca de él, rondándolo, esperando el momento adecuado. Pero el ser, si es que era ese *ser*, era lo suficientemente inteligente como para no acercársele mucho puesto que *ya sabía* que él tenía un arma. Además tendría que controlar sus pensamientos, pensar lo menos posible o si no el animal *iba a saber* lo que él pensase. ¿Y si lo atacaba, si se iba contra la embarcación, si la empujaba lejos de la orilla...?

La orilla no estaba muy lejos.

Podría nadar, era un buen nadador, era un nadador muy veloz.

¡flup!

El sonido se produjo a su derecha. A seis metros descubrió el lugar por el cual se había ocultado lo que, ahora estaba seguro, tenía que ser el apéndice ocular de la criatura, lo cual, tratándose de ese animal en particular, no indicaba el lugar preciso de su ubicación ya que ese apéndice era bastante largo. En algunos especímenes disecados se observaban apéndices oculares que tenían hasta diez veces la longitud del animal. Tenía que encontrar otra forma de dar con el ser para poder llegar a salvo a la orilla...

—No pienses en eso, no pienses en nada.

Tratando de mantener la mente en blanco, esfuerzo nada fácil en un momento de tan extrema tensión como ese, miraba alrededor aguzando el oído. Pero todo era un aplastante silencio absoluto, un silencio que zumbaba cada vez más retorcido en los oídos de Johan.

Alargó la mano hacia los controles del deslizador y presionó el botón del encendido.

El motor, tan inexplicablemente como se había apagado, ahora se encendió.

La súbita excitación que esto le produjo casi traiciona el blanco que a duras penas estaba reinando en su mente.

La embarcación, luego de los tres segundos, se elevó sobre la superficie hasta su nivel de desplazamiento normal.

Johan se mordió el labio.

Sujetó el control de elevación, llevó la palanca al nivel máximo, el deslizador ascendió, en quince largos segundos, hasta alcanzar los tres metros de altura, quedándose estático sobre la superficie del lago.

Cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza.

Puso su mano derecha en la palanca de aceleración y la llevó hacia adelante, con lentitud.

El deslizador se movió, comenzó a avanzar hacia la negra playa rocosa.

Menos de cincuenta metros hasta la orilla.

Incrementó la aceleración, muy despacio, la velocidad de la nave a ese nivel de elevación era bastante limitada pero en unos diez segundos llegaría a su destino.

El secreto era no pensar, mantener la cabeza con un blanco total, así el eficaz y mortal depredador no sabría qué hacer frente a la presa...

—...si es que se mantiene en el fondo y no está observando la superficie...

¡flup!

—Oh, no...

Frente a sus ojos la orilla se movió de un lado para otro y después todo su campo visual fue ocupado por el cielo cuando cayó de espaldas al piso del deslizador. Este se agitó hacia atrás y hacia adelante, hacia la izquierda y hacia la derecha, comenzó a mecerse con tanta brusquedad que Johan era arrojado de un lado a otro golpeándose con todos los objetos que, regados por el suelo, también ejecutaban la misma danza desordenada. Por fin pudo agarrarse al asiento, con ambos brazos, y juntó el cuerpo contra la base de la silla haciéndose un ovillo con ella mientras continuaba la estrepitosa y desquiciante convulsión. Tras más de un eterno minuto, la violenta sacudida se detuvo, todo ruido desapareció, todo sonido se evaporó lentamente dando paso al natural silencio que reinaba siempre en el lago. Ni siquiera podía escucharse el suave golpeteo del agua contra las piedras de la orilla.

Johan levantó la cabeza y pudo ver unas formas blancuzcas y sebosas, pulsantes, en varios puntos de los amarillos bordes de la embarcación, sujetándola. Se dio cuenta de la situación. El deslizador, inmóvil, estaba aún suspendido a tres metros de altura sobre la superficie. Por más fuerte que el animal pudiera ser, y lo demostraba siendo capaz de detener el avance de la embarcación, no era lo suficientemente poderoso como para vencer la repulsión gravitatoria y atraer hacia el lago al deslizador y a él con este.

Y eso le daba una oportunidad.

El rifle de pulso estaba a su lado...

—...no pienses, no pienses en eso...

...listo para ser usado...

—...piensa en otra cosa...

...listo para destruir a la criatura del lago...

—...piensa en otra cosa...

...que seguía sujetando el deslizador...

—...Yiram, piensa en Yiram, en Lane...

...con sus múltiples apéndices prensiles.

—Lane, Yiram, es tu cumpleaños, Yiram, te tengo un regalo que te va a gustar mucho, hijita, ¿verdad que te gusta, Yiram? ¡Sí, papito, sí, me gusta, me gusta mucho, papito, gracias, papito, te quiero mucho! Eres un buen padre, Johan, y un lindo esposo, mi amor. Lo sé, Lane, lo sé, te quiero. Yo también te quiero, Johan. ¡Y yo las quiero mucho a las dos!

Con un rápido movimiento tomó el rifle, se aventó contra el borde derecho del deslizador, apuntó el arma hacia abajo, hacia la sombra que la embarcación proyectaba en la negra superficie, exactamente hacia el centro de esa difusa blancura que se dejaba ver bajo el agua, y presionó el gatillo sin clemencia alguna. Los sucesivos proyectiles, disparados a más de seis veces la velocidad del sonido, destrozaron con un estampido ensordecedor los tímpanos de Johan, cruzaron el espacio existente entre la boca del cañón y el lago rasgando el aire, dejando difusas estelas de átomos recalentados, atravesaron el agua limpiamente, evaporando sus moléculas, continuando su camino en medio de delgados y humeantes chorros de agua que empezaron a salpicar el rostro del tirador que, en una explosión de rabia completamente entendible, gritaba sordamente pues sus gritos eran opacados por el ruido del arma que, tras diez segundos de disparos continuos, agotó la munición.

—¡Ahhhhhhhhhhhh!

Johan se retiró del borde, buscó otro cargador, lo encontró y reemplazó inmediatamente el que ya estaba vacío.

El deslizador se movió.

—¡Maldito monstruo!

Iba a disparar de nuevo cuando se dio cuenta que los grasientos y correosos apéndices que habían estado sujetando la embarcación caían pesadamente hacia las negras aguas, hundiéndose.

—Lo hice...

La nave volvió a desplazarse con lentitud por el aire, en dirección a la orilla. Vio en la playa lo que quedaba de su primo Delaphi, la mitad de un cuerpo humano despatarrado grotescamente, con los intestinos regados sobre las piedras, y no pudo evitar el llanto.

—Lo hice, Delaphi, lo hice, le maté, maté al bastardo, Delaphi, maté al hijo de puta.

Y cuando faltaban diez metros para llegar a la seguridad de la playa del motor de la embarcación salieron unos ruidos metálicos chirriantes a los que siguieron una apagada explosión y una espesa humareda negra. En menos de un segundo el deslizador se precipitó hacia el lago, tomando por sorpresa a su ocupante, chocando duramente contra la superficie en medio de sonidos quebradizos.

Johan se golpeó una ceja contra el asiento del conductor. La herida, algo profunda, empezó a manar sangre y enturbió la visión de su ojo derecho. Aturdido, con el cuerpo molido a causa de los golpes, se preguntó qué había sucedido con el motor. Lo único que se le ocurrió fue que este, por algún motivo, se había recalentado. Bueno, motivo existía, pero...

¡flup!

—Oh, no...

Una masa blancuzca, enorme, gigantesca, de forma elipsoidal, repleta de rugosidades y apéndices amorfos, algunos extendidos, otros contraídos, un cuerpo exudando materia grasosa por toda su superficie, lleno de agujeros profundos por los cuales supuraba una sustancia negra y maloliente, nauseabunda, un cuerpo tan grande que podía cubrir toda la longitud del deslizador averiado, con una boca deforme llena de afilados dientes negros, dientes en hileras, dientes amenazantes buscando algo para destrozarse, un ser que se suponía desaparecido en otro mundo emergió de las aguas del lago de ese mundo, desde atrás de la embarcación, aullando espantosamente, lamentándose sin control por el dolor de las heridas esparcidas en su complejo organismo, y se arrojó con auténtica furia contra el deslizador. Johan, paralizado por la espantosa visión, apenas tuvo tiempo de moverse lo suficiente para no ser apresado por las temblorosas y desiguales fauces del animal que no dejaba de emitir sus desgarradores aullidos. El cuerpo de este cayó sobre la mitad trasera de la embarcación, cubriéndola por completo e inclinándola peligrosamente, hundiéndola en el lago. Johan, a pesar del terror petrificante, empezó a retrepase en la inclinada embarcación, dirigiéndose

hacia la proa, asiéndose de lo que sea con tal de poder ponerse de pie para tirarse al agua y nadar hasta la orilla para escapar de esa aberración, para poder huir del rolfie, una criatura imposible desde todo punto de vista científico, el peligroso y supuestamente extinto rolfie. —¿Pero quién le puso ese ridículo nombre? —Se preguntó en un extraño destello de científico cuestionamiento. Eso no importaba, ya nada importaba, solamente importaba escurrirse del deslizador y no caer en la espantosa boca dentada del agónico rolfie. Ese era su único pensamiento, fugarse de esa pesadilla, evadirse y nadar, nadar y nadar hasta las piedras negras de la playa.

El único y *muy notorio* pensamiento.

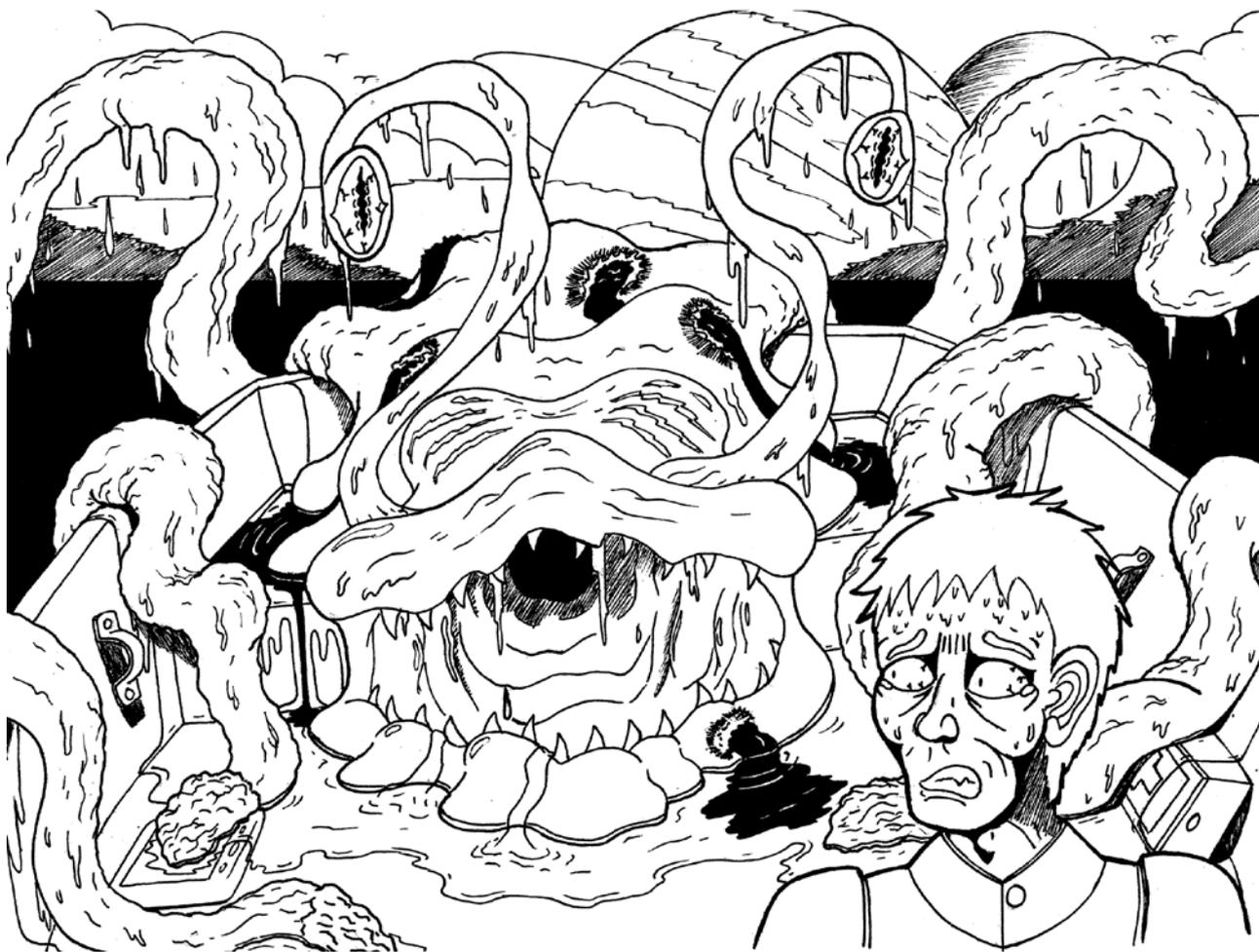
Sus manos llegaron a asirse del borde, se impulsó con los pies, que estaban apoyados en una caja fija al suelo, y logró poner el torso fuera de la nave.

—¡Papi, papito, no te mueras, no te mueras papito, por favor...!

—¡Voy a nadar, Yiram, voy a nadar!

Ya podía saltar, ya podía arrojarse al agua, solamente diez metros para escapar con fuertes braceadas de ese horror inimaginable y llegar a la orilla en donde lo esperaba el cadáver mutilado de Delaphi, despojo humano que ya estaba siendo carcomido por decenas de oportunistas y hambrientos yrics.

Siete apéndices grasientos hicieron presa de su cuerpo. Esta vez el horror se transformó en un auténtico y desesperado pánico que terminó por aflojar sus esfínteres, orinándose y cagando una deposición tibia y no muy sólida, de lo cual ni se dio cuenta. Pero sí pudo sentir, con una repulsión imposible de imaginar, el contacto de los bulbosos y correosos miembros en sus desnudos brazos, en sus piernas, en su pie herido, en su rostro. Y desgraciadamente recordó, con absoluta claridad, cómo los libros de zoología ilustraban la forma de ataque del rolfie: para inmovilizar con seguridad a la desdichada presa los apéndices bulbosos se introducían en todos los orificios naturales de la misma. *En todos*. Entonces, enloquecido, berreó sin control alguno cuando sintió cómo uno de los apéndices del rolfie bregaba por deslizarse dentro de sus pantalones, buscando el ano. Quiso sujetarlo con las manos pero en ese momento otro apéndice se introdujo en su boca, rezumando una



asquerosa sustancia biliosa que le produjo arcadas...

—¡Papito, no te mueras!

...incontenibles en medio de una desesperación que le hizo agitarse sin control alguno mientras trataba de gritar, esfuerzo inútil pues el apéndice que tenía en la boca...

—¡Johan, Johan, Johan no te mueras, te necesitamos!

...ya empezaba a introducirse en su garganta, asfixiándolo, al mismo tiempo que el otro apéndice estaba penetrando con facilidad por su ano, gracias a la lubricación de sus propias heces, alcanzando con un dolor indescriptible el intestino grueso del desdichado exozoólogo en cuya mente...

—¡Papito, papito, por favor, no te mueras!

...su hija y su esposa, los rostros arrasados en llanto agónico, se encontraban frente a una tumba que no contenía cadáver alguno...

—¡Dieguito!

...pues el rolfie, a pesar de estar agonizante, ya se habría tragado el cuerpo del hombre, destrozándolo con sus filudos...

—¡Dieguito, hijito, ya sal de la piscina!

...dientes negros, digiriéndolo en su asqueroso estómago lleno de ácidos innombrables en cuestión de segundos...

—¡Dieguito, ya sal de la piscina, tesorito, que ya está el almuerzo!

...deshaciendo la carne de un hombre lleno de vida, casado, con una dulce hijita llamada...

—¡Diego, ya sal de la piscina de una vez o te voy a sacar de las orejas! ¡Y saca a ese animal de ahí, ya sabes que no me gusta que se meta! Ya, sal que ya está el almuerzo.

... Yiram que...

—¡Diego, te lo digo por última vez!

...tenía una mamá tan aguafiestas, tan aburrida, tan pegada a las estúpidas reglas de lo que los tontos adultos llaman modales y educación que no lo dejaba jugar con el perro en la piscina de la casa.

—¡Diego!

—Ya, mami, ya, ya salimos.

—¡Apúrate que se enfría la sopa!

—Ya, mami.

El niño, echado en su balsa inflable de color amarillo, esperó a que su madre entrara a la casa. No le gustaba verla de mal humor... Pero tampoco le gustaba que le aguasen los juegos. ¡Bah, adultos, qué saben de diversión, qué saben de los juegos de los niños, qué poca imaginación se tiene cuando se llega a esa desdichada edad!

Un lengüetazo en la cara lo sacó de sus cavilaciones en contra de los adultos malhumorados del mundo. El cachorro de labrador de siete meses y de pelo color hueso, completamente mojado, subido junto con el niño en la balsa inflable, movía la cola de un lado a otro, alegre, contento, lamendo cariñosamente la cara de Dieguito. El chucho, no muy chucho que digamos, quería seguir jugando, por supuesto, deseaba seguir divirtiéndose con el pequeño humano, de todas maneras el perrito era también otro niño. Pero, claro, no podía entender que ya no eran horas de juegos. Al menos no para Dieguito.

—Ya no, Rolfie —le dijo el niño, sujetando el hocico del animal—. Mamá no quiere que estemos aquí.

—¡Guau!

—Es que tengo que comer.

—¡Guau, guarf!

—Ya sé, ya sé, pero después jugamos, ¿sí?

—¡Guau, guau, guarf!

Rolfie saltó al agua, seguido por Diego. Ambos nadaron, uno junto al otro, hasta el borde de la piscina. Diego subió primero, sacó a su querida mascota del agua y después la secó con la toalla, entre juguetonas mordidas. Luego se puso la toalla sobre los hombros y corrió hasta la casa.

—¡Vamos, Rolfie! ¡Rolfie, Rolfie, Rolfie!

—¡Guau, guarf, guau!

—¿A qué vamos a jugar en la tarde, Rolfie!

—¡Guarf!

—¡Claro, a los piratas espaciales, al Gran Capitán Johan y su fiel mastín asesino devorador de hombres! ¿Te gusta eso, Rolfie?

—¡Guarf, guarf, guau!



muro de Honor de los colaboradores

aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



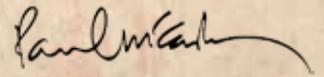
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú